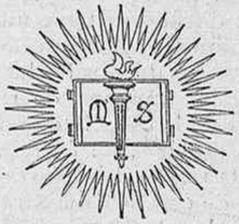


# La Ilustración Artística



# Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 8 DE MAYO DE 1905 →

NÚM. 1.219





**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Cervantes en Valladolid. Un proceso de «capa y espada»*, por Miguel S. Oliver. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Cáceres, Badajoz, Mérida y Ciudad Real.* — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *Marruecos. La penetración pacífica francesa. El combate de Ujda.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *Los puentes colosales de Utah. Reciente descubrimiento de maravillas de la naturaleza*, por W. W. Dyarr.

**Grabados.**— *A Cervantes*, dibujo de J. L. Pellicer. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Cervantes en Valladolid. Un proceso de «capa y espada»*. — «...volví á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas...» — «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme» etc. — «Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante» etc., cuadro y dibujos de José Jiménez Aranda. — *La aventura de los molinos de viento*, techo pintado por Salvador Sánchez Barbudo. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII.* — *Arco de Valdepeñas.* — *Arco de Almadén.* — *Los caballeros de las órdenes militares esperando al rey á su entrada en la catedral de Ciudad Real.* — *Salida de S. M. de la Diputación provincial de Ciudad Real.* — *Guerra ruso-japonesa. Soldados japoneses disfrazándose en honor de las almas de los muertos.* — *Entierro de soldados rusos.* — Reproducciones fotográficas de *La penetración pacífica francesa en Marruecos* y del *Combate de Ujda.* — *Los puentes colosales de Utah Augustus, Carolina y Pequeño.* — «Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, etc.», dibujo de Ricardo Balaca.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, deseosa de contribuir al homenaje que se preparaba con motivo de cumplirse el tercer centenario de la publicación de DON QUIJOTE DE LA MANCHA, dedicó al inmortal libro de Cervantes el número extraordinario con que inauguró la serie del presente año.

Llegado ahora el momento en que España entera conmemora tan señalada fecha, la más gloriosa en los anales de nuestra literatura y una de las más grandes también en la historia de la literatura universal, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no puede menos de asociarse al noble sentimiento en que tal conmemoración se inspira, y nuevamente dedica, en las páginas del presente número, un modesto recuerdo á la memoria de Cervantes y á su obra impecable.

#### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Casi todos los años paso la Semana Santa fuera de Madrid, en diferentes puntos de España, y la de 1905 me toca pasarla en una ciudad de la provincia de Granada, Loja — patria del famosísimo estadista D. Ramón Narváez, primer duque de Valencia; aquel que mientras vivió sostuvo el trono; aquel cuya muerte fué anuncio de la caída de Isabel II. La estatua de bronce del duque señorea los jardines del pueblo, y sus restos mortales yacen aquí, en el mausoleo de la Iglesia del Asilo de niños y ancianos que Narváez fundó y que el actual duque de Valencia cuida, costea en gran parte y atiende con solicitud.

No resido en Loja: estoy hospedada en un palacio con patio de fuente, surtidor, macetas, que rodea un parque frondosísimo, regado por los copiosos manantiales que aquí saltan dondequiera, pues no he visto tierra de más agua; en Loja existe una fuente de veinticinco caños, la de *la Mora*, que es un portento de raudal, y en la cual la Sierra Nevada vuelca parte de su fresca urna en cristalinos chorros. — Digo, pues, que este palacio donde me hospedó es propiedad de los duques de Valencia y lleva el romancesco y granadino nombre de Aliatar, — y el solar y residencia del célebre moro, que

«va de Antequera á Granada;  
colgado del almaizar  
llevaba la cimitarra,  
la izquierda mano en la rienda  
y la derecha en la lanza,  
dos tocas sobre el bonete,  
y polvo sobre la cara.»

está á diez pasos del páblico; y de sus muros, cada

vez que la piqueta los acomete, saltan arábigas monedas...

A las horas en que las procesiones han de recorrer las calles de Loja, bajamos al pueblo, y desde los balcones de otro palacio antiguo — propiedad también de la casa ducal, que tiene un grandioso patio de arcadas y columnas, y cuyas estancias se encuentran, igual que si sus dueños las habitasen, llenas de suntuosos muebles antiguos, de retratos y cuadros de los maestros de la escuela española, de cornucopias y consolas doradas, de fastuosa talla honda, — vemos desfilar tan extrañísimas, singulares procesiones, que hacen de esta Semana Santa una de las que me dejan, entre las de España, más imborrable recuerdo; pues aun cuando se asemeja á la de Sevilla, tiene notas peculiares, que parecen de muy remoto origen.

Las procesiones son tres: una en la tarde del Jueves Santo, las restantes en la mañana y tarde del Viernes.

Lo primero que en ellas me llama la atención, es observar que — excepto en la del Entierro — apenas va clerecía: parecen procesiones laicas. Y procesiones laicas son, en el sentido de que es principalmente la devoción popular la que las fomenta y abrillanta, hasta el extremo de que, para llevar las pesadísimas andas de las Vírgenes y de los Nazarenos, en vez de tener que pagar porteadores, los mozos ofrecen dinero, y se pujan el honor y el gusto de sentir, durante las cinco ó seis horas que la demostración religiosa suele durar, magullado el hombro por los recios palos, y agobiado el cuerpo por la formidable pesadumbre de las efigies. Es la devoción popular la que costea y renueva los pintorescos, curiosos trajes, en que se me figura encontrar reminiscencias de épocas en las cuales ni aun el Evangelio habría sido anunciado en España. ¿Quién es capaz de adivinar de dónde procede una forma, un adorno, un detalle de indumentaria? En esto, como en todo, la fantasía va á lo más distante, equivocándose, tal vez.

Yo no sé si estos ropajes han sido reproducidos por la fotografía ó por el fotograbado, en las publicaciones ilustradas que tanto abundan y que ya no van dejando sin explorar rincón de España. Son los ropajes á que me refiero los de las comparsas llamadas de los *incensarios*, divididas en *incensarios blancos* é *incensarios negros*. Los primeros salen en las dos primeras procesiones, los últimos en la última.

Cuando se me presentaron los *incensarios blancos*, en el oratorio de Aliatar, á las dos de la tarde del Jueves Santo, creí que acababan de salir de la batea de una planchadora: tales venían de flamantes, limpios y cándidos, como bandada de palomas, aquellos *incensarios* vivientes. Era su vestimenta cual el ampo de las nieves de la sierra, desde la punta del bien calzado pie, hasta el remate plateado de la rara mitra de corte asirio, que les cubre la cabeza, y que no se quitan ni en el templo. Sólo ligeros toques de seda violeta, el color ritual, subrayaban el candor del muy elegante de líneas, sucinto y airoso atavío. Las medias eran caladas. La mitra terminaba, sobre la nuca, en una especie de haldilla semejante al tocado de las esfinges.

Con la mayor reverencia y compostura, haciendo ceremoniosos pasos y mudanzas, en misterioso silencio, los turiferarios balancean la cazoleta de arcaica forma, y ejecutan ante las imágenes una especie de rigodón hierático; después, uno de ellos lanza, en el mismo oratorio, los primeros versos de triste y devota saeta, y el de enfrente le responde con la propia vibrante, alta y dura entonación.

La mañana del Viernes, los cabos del traje de los «incensarios» son negros, y negro canutillo borda sus blancas mitras altísimas; y por la noche, en la dramática procesión del Sepulcro, los «incensarios» se han vestido de noche también; completamente negros son sus trajes; sus mitras, centelleantes de azabache á la luz de los hachones. Y en vez de ir pausados, solemnes, como los grandes encaperuzados inquisitoriales que arrastran tres metros de fúnebre cola, los «incensarios» van raudos y ligeros, á manera de aves, á apostarse en las bocacalles al paso de las efigies, á incensarlas con ceremonias especiales para cada una.

No sé si los «incensarios» salen en otras procesio-

nes de ciudades de esta misma región. Si sólo en Loja puede vérselos, declaro que ellos merecen el viaje.

No son la única singularidad de la Semana Santa en Loja los elegantísimos y arcaicos turiferarios. También los doce *Apóstoles* sorprenden.

Los *Apóstoles* figuran en dos procesiones: la de la tarde del Jueves y la mañana del Viernes. Van á pie, en hilera; visten túnicas moradas; llevan cada cual en la mano ó al hombro el instrumento de su martirio — hacha, aspa, cruz, espada, sierra, — y sobre el rostro, una careta de cobre repujado, pintada, que revela la mano de un artista y que reproduce la fisonomía tradicional de los primeros discípulos de Cristo. Un nimbo, donde se lee el nombre de cada apóstol, rodea su cabeza; y por sus espaldas cuelga una cabellera larguísima, sedosa, rubia ó castaña, de mujer, contrastando con los mechones canos que asoman alrededor de la máscara de cobre. El efecto es sobre manera extraño y típico.

Las efigies que figuran en estas procesiones — distintas en cada una de ellas — son obras de arte y portentosas de riqueza en sus vestiduras. En oposición con los que se precian de gusto depurado y severo, yo siento predilección vivísima por las imágenes llamadas *de vestir* (bien vestidas, se entiende). Nada me parece tan sentimental como uno de estos trágicos y hermosísimos Nazarenos agobiados bajo la cruz, como una de estas Vírgenes pálidas, elegantes, nobles, con los ojos hinchados de llorar, el dolor supremo escrito en el rostro, las manos cruzadas bajo el pañuelo de encaje sutil, y prolongada en el aire su figura romántica por la cola del ropaje de terciopelo todo bordado á realce de oro. No sabré expresar con qué encanto he visto los mantos magníficos, regalo del primer duque de Valencia ó del actual; los rostrillos y petos cuajados de pedrería, los cetros y coronas, procedentes de los Reyes Católicos; los retablos, los cuadros; la cantidad increíble de arte y riqueza acumulada en este pedazo de Andalucía, del cual nadie habla, donde no se publica un periódico, donde la calma flota en el aire y donde todo se vuelve ruiseñores cantando, manantiales corriendo y árboles que la primavera reviste de blanca floración...

El Sepulcro, que se ostenta en la procesión del Entierro, no quiero olvidarlo: es una joya primorosa. De ébano, concha é incrustaciones de metal todo él, le rodean angelitos idealmente graciosos, que revuelan por sus cornisas, se posan al pie de su base, y le prestan ese delicioso sabor Luis XV que suelo notar en muchas de estas efigies, en la talla de los altares, en camarines y pulpitos, en telas, marcos, muebles y hasta en las flores artificiales, que son *rococo*...

Y no salen en las procesiones todas las efigies notables de Loja. De las más bellas, como el Niño, las dos Vírgenes, la Santa Catalina de las monjas Claras — de esas pobres monjitas que viven con dos reales diarios cada una y tienen en su iglesia un Museo, — se quedan quietas en su hornacina, y para verlas hay que ir al convento expresamente. Pero entre las que son paseadas por las calles, con solemnidad de que no se tiene idea en Madrid, cuyas procesiones no dudo en calificar de ridículas, hay dos ó tres Nazarenos, dos ó tres Dolorosas, un San Juan, de toda hermosura. Y el cuadro de las procesiones, con sus «armados» que llevan mangas completamente hechas de rosas; con sus señoritas que alumbran vistiendo hábito nazareno; con sus tamborileros furiosamente empeñados en romper el parche; con sus encaperuzados negros, de inmensa cola; con su Cena en que se sirven manjares verdaderos, un cabrito, frutas, naranjas; con su mezcla de ingenuidad rústica y lujo oriental, me queda grabada en la memoria, con hue-lla de poesía.

Una nota personal, á guisa de posdata.

Ruego á los para mí tan amables lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA que no caigan en la red tendida por los que remedan mi firma desfigurándola algo, y la estampan al pie de sus artículos. Ya sé que el estilo no es enteramente igual; pero, no obstante, será bueno recordar que yo nunca suprimo ni contraigo á iniciales ninguno de los componentes de mi firma, y que no es mío escrito alguno que no lleve al pie, con todas sus letras,

EMILIA PARDO BAZÁN.



¡Ah, ladrón, que me has muerto!

## CERVANTES EN VALLADOLID. UN PROCESO DE «CAPA Y ESPADA»

No sin prevención ni recelo los partidarios de cierta historia decorativa y envarada miran aquellas publicaciones que penetran en la interioridad de la vida de los personajes famosos para recordarnos que también fueron hombres. Tal ha acontecido con el proceso sobre la muerte de D. Gaspar de Ezpeleta en Valladolid, y con muchos de los *Documentos cervantinos* publicados por el Sr. Pérez Pastor, quien en un solo libro ha contribuido más eficazmente al estudio de la biografía de Cervantes, que todo el cervantismo junto durante cincuenta años de suposiciones, hipótesis y sutilezas.

Y puesto que de la muerte de Ezpeleta se originaron las sombras que pesan todavía sobre la memoria del insigne escritor y se habla de aquella por señas y como de algo tenebroso, juzgo que ahora que tenemos los autos publicados íntegramente, ha de ser visto con curiosidad un extracto de los mismos, así por lo que se refiere a Cervantes, cuya fama póstuma más padece de la sospechosa reserva que de la franca relación, como por el interés que ofrece en sí mismo este verdadero «proceso de *capa y espada*.» Si tan evidentemente no constase su autenticidad, diríase cosa fraguada por eruditos ó reconstitución imaginaria de poetas y rebuscadores, enamorados de lo *romanesque*.

Diríase que aquellas fojas llenas de prosa curialesca enseñan en una sola tarde una magnífica «lección de cosas» y nos introducen más hondamente en el alma española del siglo XVII que la lectura de la historia convencional y abstracta, tal como suele escribirse. Más que actuaciones, parecen *jornadas* de una comedia de Lope, Tirso ó Moreto. Juzgue el lector:

A eso de las diez de la noche del día 27 de junio de 1605, un caballero joven, llamado D. Gaspar de Ezpeleta, recibió dos tremendas cuchilladas, una en la ingle y otra en el muslo izquierdo, hallándose cerca de una casa nueva del «Rastro viejo» así como se ha pasado la puentecilla de madera sobre el Esqueva, viniendo de la puerta del Campo hacia el «Hospital de la Resurrección» en la insigne ciudad de Valladolid, entonces corte de las Españas. El caballero vino á parar en esta misma esquina, lanzando grandes voces:

—¡Ah, ladrón, que me has muerto! ¿No habrá quien socorra á un caballero que viene herido? ¡Válgame Dios!

—¡El te valga!, contestó desde su ventana la hermana del autor del *Quijote*, doña Magdalena de Cervantes.

Abriéronse balcones y celosías; el grito de «¡Cuchilladas, cuchilladas!» alborotó á la vecindad, y salieron todos á la calle, bajando la escalerilla y descorriendo cancelas. Miguel de Cervantes ocupaba uno de

los pisos de dichas casas nuevas: el primero á mano izquierda. Vivían con él su esposa doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano; la hija bastarda del primero doña Isabel de Cervantes; sus hermanas doña Magdalena y doña Andrea; la hija de esta última, sobrina, por tanto, del insigne novelista, doña Costanza de Ovando, y una mozueta llamada María de Ceballos, natural del Valle de Toranzo, en calidad de sirvienta.

En el primer piso á mano derecha, pared por medio con el del autor del *Quijote*, vivía doña Luisa de Montoya, viuda del famoso cronista Esteban de Garibay. Uno de sus hijos, también llamado D. Esteban, muchacho como de quince años, bajó á socorrer al herido y llamó á Cervantes para que le ayudara á hacerlo. D. Gaspar de Ezpeleta venía vertiendo cuanta sangre tenía, con la espada desenvainada y un broquel en la mano izquierda. Recogieron su capa, caída cosa de cuatro pasos más atrás, y le subieron al piso de la expresada doña Luisa de Montoya, donde se le improvisó una cama en el suelo. Allí le hizo la primera cura Sebastián Macías, «cirujano y barbero de las Guardas viejas e de á caballo de Su Majestad,» y le «tomó la sangre;» y en esta faena les encontraron todavía el alcalde de ronda, Licenciado Cristóbal de Villarroel, y los alguaciles Francisco Vicente y Diego García, advertidos del suceso.

Las diligencias y actuaciones, que pasaron ante el escribano Velasco, toman, desde los primeros momentos, todo el misterio y nocturna lobreguez de una leyenda de Zorrilla. Este D. Gaspar de Ezpeleta en su primera declaración nos dirá que es caballero del hábito de Santiago y que habiendo cenado en casa de su gran amigo el marqués de Falces, donde se pasa media vida, tomó la espada y broquel que le había traído un paje, quitóse su ferreruelo y púsose la capa de noche del mismo criado; y yendo camino del Rastro, paróse á escuchar una música y salióle al encuentro un hombre, que le pidió «que adónde iba» y él le contestó «que para qué lo quería saber;» y entonces el propio Ezpeleta «echó mano á su espada y broquel y el dicho hombre á una espada que traía...» y se tiraron de cuchilladas, sin que hubiese conocido á la persona que le hirió. Ni en esta ni en dos sucesivas diligencias hubo modo de que revelase nombre, detalle ni indicio alguno de substancia; antes bien, con cierto enfatismo caballeresco, declara que «ambos á dos se habían acuchillado, e que se había metido tanto como él, e que ambos á dos habían reñido bien...» e que la dicha persona que riñó con él se acuchilló como hombre honrado, y que el mismo declarante «fué el primero que metió mano á la espada.»

Muy curiosa y de gran carácter de época, aunque

poco ejemplar, resulta, así del mismo proceso como de ajenas noticias, la figura de Ezpeleta. Tendría entonces cosa de treinta años y era uno de tantos caballeros andantes en corte como infestaban entonces á la bulliciosa Valladolid; galanteador, dado á justas y regocijos, campeón obligado de los torneos y famoso, aunque con infamia, por las décimas que le dedicara Góngora con motivo de la caída que sufrió en ciertas fiestas de la misma ciudad.

Por Martín Corroza, repostero del marqués de Falces, capitán de la «Guarda de los archeros de Su Majestad,» sabremos que entra y sale á todas horas en casa de éste, como grandes amigos que son, y que vive hospedado en una posada de la calle de Manteros. Francisco Camporredondo, paje del mismo Ezpeleta y como su *Ciutti* ó su *Clarín*, nos enteramos de que sale á paseo montando caballos del marqués, y de que allí cena y come muy á menudo, y que el D. Gaspar «trata de amores con una mujer casada,» en cuya casa se quedaba muchas noches y que recibía antes de cierta persona que se alberga en la misma casa, cuyo nombre reveló confidencialmente al alcalde y no consta en el proceso, si bien les había visto después hablando como amigos. Andrés Ramón, lacayuelo del herido, añade que «anda por esta ciudad de ordinario, e viene tarde,» y que «hacia la puerta de Santisteban solía ir y entrar en una casa, que no sabe cómo se llama el dueño de ella, ni le conoce, ni á qué efeto entraba.» Vecinos y criadas de la casa del Rastro donde fué recogido, declaran que le habían visto alguna vez de visita en el segundo piso de la derecha, ocupado por doña Juana Gaitán, viuda del poeta Lainez, en compañía de la cual vivían doña María y doña Luisa de Argomedo y doña Catalina de Aguilera y doña Jerónima de Sotomayor, esposa de Rodrigo Montero, «continuo» de los del duque de Lerma; así como en el segundo piso de la izquierda vivía María Ramírez, públicamente amancebada con D. Diego de Miranda; mujerío joven todo este y, lo mismo que la hija y sobrina de Cervantes, en edad de galanteos. En suma, Juana Ruiz, posadera de Ezpeleta, nos dirá que «en más de tres meses que posó en su casa el dicho don Gaspar, no durmió en ella quince días,» y que en cierta ocasión en que se hallaba fuera, presentóse allí una dama tapada, preguntó por el caballero, quiso ver su aposento, y al hallarse en él prorrumpió en grandes exclamaciones y llanto, diciendo: «¡Oh aposento de mis deshonras! ¡Oh traidor, que mal pago me has dado! ¡Vive Dios, que me lo tienes de pagar aunque sea de aquí á cien años...»

¿Qué diferencia halla el lector entre esta escena y otras infinitas del teatro español del siglo XVII, entre las damas de Calderón y Tirso y esta sinventura que busca zurcidos á su honor y recupera, por el inter-

medio de dos frailes, las sortijas de oro que le había tomado, «una de unas memorias con unos diamantes, y la otra con unas esmeraldas, las cuales sortijas le pedía su marido, e porque no se las daba la había querido matar e la daba mala vida?» Obsérvese además como este burlador, que no era ni más malo ni más excelente que el término medio de los galanes

te fustigado por fray Gabriel Téllez, que á cada visita que recibían sus vecinas atribuía vínculos y propósitos nefandos; y vino á complicarlo todo el hecho de que Ezpeleta, en el testamento que apresuradamente dispuso, incluyera la manda de un vestido de seda á favor de la doña Magdalena Cervantes, como póstuma gratitud por los servicios que le había dis-

celsos productos de la humana idealidad, su autor Miguel de Cervantes hubo de pasar por el oprobio de ser conducido á la cárcel pública de Valladolid, en virtud de uno de aquellos autos draconianos del antiguo enjuiciamiento que decretó la prisión de dicho Cervantes, de su hija Isabel, de su hermana doña Andrea y de la hija de ésta doña Costanza de



«... volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas...» (*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. II)

Cuadro de José Jiménez Aranda

de su condición, que era el tipo usual del *clubman* de entonces y un sujeto *comm' il faut* á todas luces, se mete en líos y pependencias y se pone en ocasión de que le maten y vive en continuo pecado mortal, sin olvidar por esto los testimonios de su nacional y españolísima devoción. La primera providencia del Licenciado Villarroel fué de que confesaran al herido y le administraran los Sacramentos; y la segunda el registro de los vestidos que llevaba puestos, en cuyas faldriqueras se halló lo siguiente: setenta y dos reales en moneda, dos sortijas, un rosario de ébano, un bolsillo con reliquias y un papelito doblado hecho billete, escrito todo de una cara, que su merced el señor alcalde tomó sin dejarlo leer á persona alguna. De sus calzas de obra, del jubón con cuerpo de raso y mangas de tafetán y de la ropilla de raso con trencillas, se hizo cargo Cervantes por concepto de depósito judicial.

De allí á dos días, ó sea el 29 de junio, falleció el D. Gaspar. Durante su larga agonía, asistióle por caridad, en casa de doña Luisa de Montoya, doña Magdalena de Cervantes, hermana del manco de Lepanto, mujer ya de edad, que «anda en hábito de beata» y cuyos vecinos la tienen por de «muy santa vida.» Practicóse en la posada del mismo Ezpeleta el inventario de sus muebles y efectos, que añade otra nota de color á las muchas de este proceso.

Sucedió, pues, que los chismes de callejuela enredaron el negocio y pudo sospecharse si el lance de D. Gaspar de Ezpeleta había ocurrido con ocasión de obsequios y galanteos á alguna de las mujeres jóvenes de aquellas casas ó por rivalidad de cualquiera de los varones que las habitaban ó frecuentaban. Fortaleció esta sospecha la cominera declaración de Isabel de Ayala, viuda del doctor Espinosa, que vivía en el sotabanco, beata del género tan donosamen-

pensado, dispuesta sin reflexión ni acierto por un hombre de mundo en sus últimos instantes, sin tener en cuenta que un traje de raso no cuadraba á quien había hecho profesión de vestir las tocas del beaterio y que podría suponerse si se trataba de un legado de confianza, para ser entregado á tercera persona.

Pero más que nada influyó en el sesgo de las actuaciones aquella prevención que por doquier acompaña á la sospecha miseria y al vigilado infortunio. Si Cervantes recibió una ó dos visitas de D. Hernando de Toledo, señor de Higuera, amigo y protector suyo de tiempo atrás, desde Sevilla, no podía ser únicamente por gusto de departir con el príncipe del donaire, ni siquiera para el humilde encargo de algún trabajo de costura—como el que consta de «una manga para el juego de cañas»—con que se ayudaban las hermanas del insigne escritor. Si entraba allí el portugués Simón Méndez, no podía ser para tratar con Cervantes de los asientos, comisiones y fianzas en que andaban mezclados. Si el duque de Pastrana y el conde de Conchana subían á saludar á doña Juana Gaitán, viuda de Pedro Lainez, y darle gracias por la dedicatoria de dos libros póstumos de su marido, no encontrarían mayor disculpa ante los ojos figones de la envidia y la maledicencia. En todo hallan pretexto para levantar y esparcir algo más sutil y pérfido que la calumnia declarada: una atmósfera de equívoco y ambigüedad, un irritante tufillo de barraganía, con que la temeridad de juicio envuelve esas relaciones desiguales y ese trato de la indignancia vergonzante ó del talento infortunado con altos y poderosos personajes.

Así, el día 29 de junio de 1605, al propio tiempo que la primera parte del *Quijote* empezaba á abrirse paso á través del mundo como uno de los más ex-

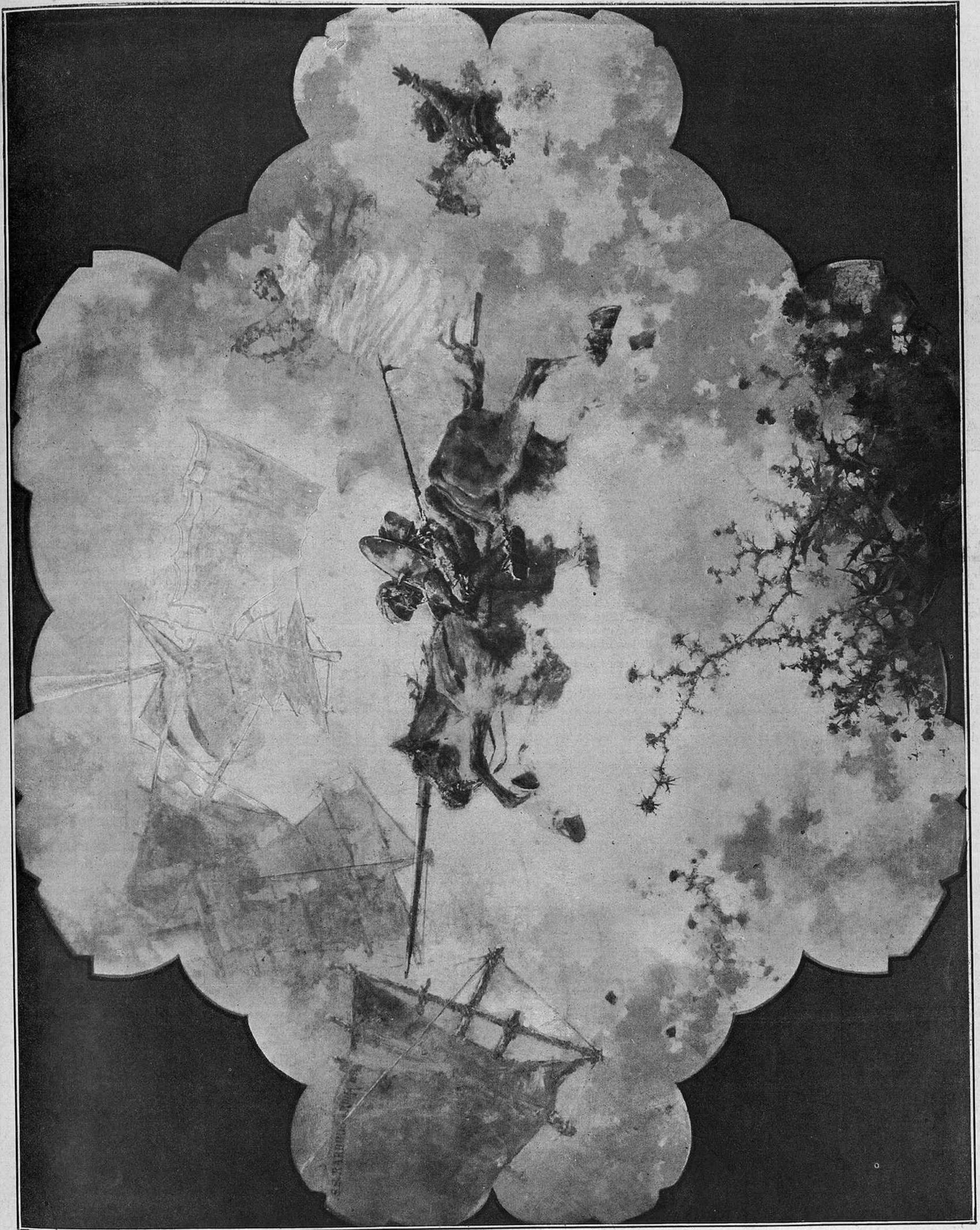
Ovando; de doña Juana Gaitán, de doña María de Argomedo y su hermana y sobrina; de Simón Méndez; de doña Mariana Ramírez y D. Diego de Miranda. Esta providencia judicial da la medida de la amplitud, tanto de la cárcel de Valladolid cuanto del criterio del Licenciado Villarroel.

Es claro que antes de una semana fué levantada la carcelería y no hubo indicio ni rastro con qué inculpar á Cervantes ni á nadie de su casa. ¿Pero no hubieran ido mejor encaminadas las diligencias por el lado de los amores adúlteros de Ezpeleta?

Tal fué este proceso de *capa y espada*, en el cual, para que nada falte, no deja de haber tampoco declaración de una dama y dos criadas con antifaz que se hallaban en la posada de Ezpeleta cuando se tomó declaración á la posadera (sacramentada y en la cama), y cuya presencia allí no queda justificada en los autos, como no fuera repetición de la anterior visita «al aposento de mis deshonras.» Tal fué también la indefectible adversidad de Cervantes, hijo pródigo algunas veces, irregular, disipado, negligente cuanto se quiera, pero dotado de una generosidad y de una benevolencia que compensaban con largueza tales defectos y que demostró al mundo que no son los espíritus rectilíneos y aparentemente «perfectos» y «respetables» quienes hacen las grandes cosas, sino que la imperfección que no daña ni destruye la raíz del bien, por obra de la gracia puede convertirse y se convierte en fuente de beneficios y en asombro de las edades. Cervantes fué un «hombre,» y en esa condición de hombre que ha sufrido y ha vivido y que, no obstante, no nos hace aborrecer la vida ni el sufrimiento, hallamos el deleite misterioso y sin ejemplar que nos produce el *Quijote*.

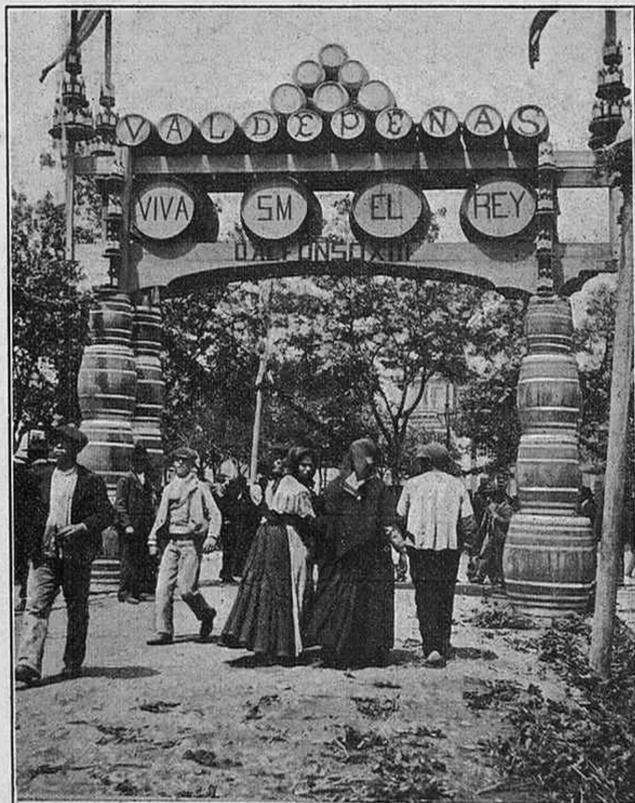
(Dibujo de Triadó.)

MIGUEL S. OLIVER.



LA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO. Techo pintado por Salvador Sánchez Barbudo  
«Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer»  
(*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. VIII)

## Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Cáceres, Badajoz, Mérida y Ciudad Real



ARCO DE VALDEPEÑAS

Continuando la serie de excursiones por las diversas provincias españolas, ha visitado recientemente D. Alfonso XIII las ciudades de Cáceres, Badajoz, Mérida y Ciudad Real, siendo en todas ellas recibido y agasajado con grandes muestras de cariñoso entusiasmo.

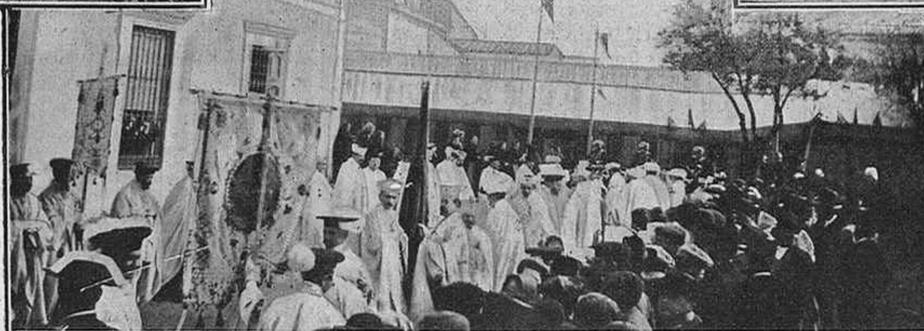
Llegó S. M. á Cáceres en la mañana del 25, y entre grandes aclamaciones y bajo una lluvia de flores dirigióse en coche á la iglesia de Santa María, en donde se cantó un solemne *Tedéum*, después del cual hubo brillante recepción en el Ayuntamiento, ofreciendo allí sus respetos al rey todas las representaciones civiles, militares y eclesiásticas, la Audiencia, el Instituto, todas las corporaciones de la provincia y 250 alcaldes al frente de comisiones de concejales de los respectivos ayuntamientos. Terminada la recepción y el *lunch* que la siguió, marchó D. Alfonso XIII al santuario de la Virgen de la Montaña, en donde se venera la patrona de Cáceres, y poco después subió al tren que debía conducirlo á Badajoz.

A las tres y media de la tarde llegó á Badajoz el tren real, y el monarca entró en carruaje en la ciudad por la plaza de Alfonso XII. Habíanse levantado varios arcos: el de la Cámara Agrícola y Comunidad de Labradores en el puente de las Palmas; el del Ayuntamiento en la citada plaza; el de la guarnición al final del paseo de San Francisco; el de la Cámara de Comercio de Badajoz en la plaza de la Constitución, y el de la Diputación en la calle de Miciayo. Después del *Tedéum* que se cantó en la catedral, dirigióse el monarca á la Capitanía general y de allí á la recepción que se efectuó en el Ayuntamiento y á la cual concurrieron las autoridades,

corporaciones oficiales, alcaldes, militares, etc. Regresó el rey á la Capitanía general, desde donde presenció el desfile de los batallones infantiles de Badajoz y Olivenza y de la plana mayor del de Herrera del Duque. Después celebróse la comida regia, á la que asistieron el séquito real y el general portugués Sr. Rodríguez de Castro y sus ayudantes, y terminado el banquete asistió S. M. á la función de gala organizada en el teatro López de Ayala: el teatro estaba brillantísimo y la ovación dispensada al monarca fué entusiasta; representóse la zarzuela *El molinero de Subiza*, del maestro Oudrid, que complació en extremo al soberano. Este se retiró á la Capitanía á la una de la madrugada. A la mañana



ARCO DE ALMADÉN



Los caballeros de las órdenes militares esperando al rey á su entrada en la catedral

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN CIUDAD REAL

siguiente revistó en el Campo de San Roque á las tropas de la guarnición, dirigió varias maniobras de la infantería y de la caballería, y puso la primera piedra de la Granja Agrícola; á las dos y cuarto de la

los senadores, diputados y autoridades de la capital, dirigiéndose luego á la estación, en donde tomó el tren para Ciudad Real.

A las ocho de la mañana del 27 llegó D. Alfonso XIII á la capital de la Mancha, en la que habían levantado artísticos arcos el Ayuntamiento de la misma, el comercio, la industria, los casinos, el Ayuntamiento de Valdepeñas y la compañía minera de Almadén. Dirigióse S. M. en coche á la catedral, en donde le esperaban los Caballeros de las Ordenes, de las que es el rey gran maestre, y revestido del manto blanco penetró en el templo bajo palio y rodeado de los caballeros y del cabillo. Poco después tomó el tren que le condujo á Almagro, en donde fué objeto de un recibimiento entusiasta, y visitó el Ayuntamiento y el histórico convento que perteneció á los Calatravos y que hoy ocupa una comunidad de Dominicos, regresando después á Ciudad Real.

A las doce emprendió S. M. la vuelta á Madrid, adonde llegó á poco más de las cuatro, terminando felizmente esta nueva excursión, que ha puesto una vez más de manifiesto el contento con que las poblaciones ven la presencia en ellas del joven monarca.—S.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN CIUDAD REAL.—SALIDA DE S. M. DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

tarde salió D. Alfonso XIII con dirección á Mérida. También allí el recibimiento fué entusiasta. En la parroquia de Santa Eulalia cantóse el *Tedéum*, terminado el cual el párroco entregó á S. M. el nom-

bramiento de hermano mayor de la Cofradía. El rey fué luego al Ayuntamiento, y después de la recepción allí celebrada, encaminóse al Conventual, antigua ciudadela romana transformada por los árabes, en donde visitó el magnífico aljibe subterráneo y la cripta del Anfiteatro, y luego fué obsequiado con un *lunch* en casa del Sr. Pacheco, quien le ofreció algunas monedas de oro antiguas. De regreso en Badajoz, en donde lucían bonitas iluminaciones, el monarca obsequió con un te á



GUERRA RUSO-JAPONESA. - SOLDADOS JAPONESES DEL EJÉRCITO DEL GENERAL NOGI DISFRAZÁNDOSE EN HONOR DE LAS ALMAS DE LOS MUERTOS EN EL CAMPO DE BATALLA. (De fotografía de Bartlett.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Pocas noticias se reciben de la marcha de las escuadras rusas, y aun estas pocas son tan vagas que es punto menos que imposible sacar de ellas nada en claro; cuanto acerca de sus movimientos se diga ha de basarse, por consiguiente, en meras conjeturas. Discurriendo en este terreno, supónese que el almirante Rojestvensky no debe avanzar mucho hacia el Norte, porque la más elemental prudencia ha de aconsejarle esperar que se le una la división Nebogatof, que le es muy necesaria para contrabalancear las fuerzas navales japonesas; es, pues, probable que lejos de proseguir su ruta en dirección al mar del Japón se entretendrá cruzando por el mar de la China, y aun pudiera ser que retrocediese algo á fin de acercarse al punto en donde haya de efectuar la reunión de ambas flotas.

Si nada positivo se sabe acerca de la posición de las escuadras rusas, menos puede saberse acerca de los planes de Rojestvensky. Créese, y esto es lo más verosímil, que evitará toda batalla en aguas chinas y se dirigirá al Pacífico; y que una vez reunido con Nebogatof dará vuelta al Japón para llegar á Vladivostok por alguno de los estrechos del Norte. Bien es verdad que para llegar hasta aquel puerto habrá de sostener probablemente un combate con la escuadra de Togo y después de éste salvar las líneas de torpedos que los japoneses no habrán dejado de instalar delante de las desembocaduras de los dos estrechos de Tsungari y de La Perouse, por donde necesariamente han de pasar, en el caso supuesto, los buques rusos; pero Rojestvensky es, según dicen, hombre para afrontar con sangre fría toda clase de peligros y de responsabilidades, sabe lo que Rusia espera de él y sabe también que el momento es decisivo. Además, ha realizado con admirable acierto la primera parte de su tarea conduciendo su numerosa escuadra, compuesta de buques de guerra y de no pocos transportes carboneros, al teatro de la guerra, distante millares de millas de su punto de partida, sin dejar atrás más que un contratorpedero averiado, y á pesar de no haber podido disponer en tan inmenso trayecto de un

puerto en donde descansar y abastecerse con la amplitud indispensable en tan largas travesías. Este solo hecho es un timbre de gloria para el almirante y un justo motivo de confianza para el pueblo ruso.

¿Y la escuadra japonesa? De esta sí que no se sabe nada absolutamente. Dos empresas podría acometer el almirante Togo antes de que se efectuara la unión de Rojestvensky y Nebogatof, á saber, atacar aisladamente á uno ó á otro almirante impidiendo que aquella reunión se realizara; mas no es probable que se decida á ello, porque para hacerlo tendría que alejarse demasiado de los mares del Japón, y la prudencia de que hasta ahora ha dado pruebas el almirante japonés no permite suponer que se lance

tarle combate cuando de no alejarse de sus bases tienen sobre él una superioridad manifiesta que les da la posibilidad de amenazar incesantemente por medio de escuadrillas de cruceros auxiliares y de contratorpederos los transportes que le acompañan y de paralizar todos sus movimientos?»

Los transportes, los cargo-boats llenos de carbón constituyen realmente los puntos vulnerables de la escuadra rusa, la cual, sin ellos, no puede navegar y se encuentra aniquilada. Si los cruceros ó contratorpederos japoneses lograsen destruir algunos, la situación de Rojestvensky sería muy comprometida.

En la Mandchuria, prosiguen la serie de combates parciales sin gran importancia; de ellos se desprende,

sin embargo, un hecho que no deja de tenerla relativa, y es que los japoneses no han hecho progreso alguno de un mes á esta parte. Más bien son los rusos los que han obtenido algunas pequeñas ventajas, puesto que han desalojado á sus enemigos de las posiciones de Nan-Chan-Tse y de Wei-Yuen-Pu Men, situadas en la gran carretera mandarina de Kirin á Mukden, cerca de la vía férrea, y se han apoderado de la encrucijada de Ufamloo, situada á 110 kilómetros al Sudeste de Tieling, en la región montañosa que se extiende entre los valles del Sungari y del Yalú.

No es de creer que esta recrudescencia de actividad sea indicio de una próxima ofensiva de Linievitch, pero sí es una prueba de que

el ejército ruso se halla en parte repuesto de la derrota que últimamente sufrió en Mukden.

El teniente Danitchenko, que formó parte del estado mayor del almirante Skrydlof y ha llegado hace poco á Rusia procedente de Vladivostok, ha dicho que se han realizado en aquella plaza, durante los últimos meses, grandes obras para ponerla en estado de defensa y que se han acumulado allí víveres suficientes para un largo sitio. Además, parece que 3.000 rusos con una batería se han puesto recientemente en contacto con los japoneses en el Norte de Corea y que en la orilla izquierda y cerca de la desembocadura del Tumén se han situado fuerzas más considerables para defender, en caso necesario, Vladivostok.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - EN LA MANDCHURIA. ENTIERRO DE SOLDADOS RUSOS MUERTOS EN EL CAMPO DE BATALLA. (De fotografía remitida por B. Gribayedof, París.)

á una aventura que pudiera costarle muy cara.

El capitán de fragata ruso Klado, en un libro recientemente publicado y que se titula *La marina rusa en la guerra ruso-japonesa*, confirma esta suposición, fundándola en razones muy atendibles. «En primer lugar, dice, es difícil para los japoneses enviar sus fuerzas principales algo más lejos hacia el Sur, al paso que, por el contrario, es para ellos muy ventajoso esperar á nuestra armada en el mar Amarillo; seguramente no se alejarán de sus bases, lo que permitirá á sus buques averiados ganar fácilmente después de la batalla los puertos en donde puedan reparar sus averías.» Y luego añade: «Por otra parte, ¿por qué habían de dirigirse hacia el Sur al encuentro de Rojestvensky? ¿Por qué habían de ir á presen-



C. F. VORDERER & GÖSCHL, pl.

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.» (*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. I)

Dibujo de José Jiménez Aranda



«Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro...» (*Don Quijote de la Mancha*, parte primera, cap. I)

Dibujo de José Jiménez Aranda

MARRUECOS

LA PENETRACIÓN PACÍFICA FRANCESA

EL COMBATE DE UDJDA

La reciente visita del emperador Guillermo II de Alemania á Marruecos va dando sus frutos, que no son otros que contrariar los planes de Francia é Inglaterra en aquel imperio. El conde de Tattenbach, embajador alemán interino cerca del sultán Abd-el-Aziz, ha confirmado en una reciente *interview*

pio parecía. Esto no obstante, no cabe negar que ocupa allí una posición en algunos conceptos mejor de la que otras potencias disfrutaban, gracias á su posesión de Argelia, que le permite prestar al sultán ciertos servicios, como el de instruir á una parte de sus tropas; y aunque esta prerrogativa tiene escasa importancia material, dada la deficientísima organización de aquel ejército, no deja de tenerla moralmente considerada. A todo esto continúa la guerra civil en Marruecos. Recientemente, el día 9 de abril último, las fuerzas del pretendiente Bu-Hamara y del jefe de tribu Bu Amema intentaron apoderarse de la ciudad de Udjda, situada en la frontera argelino-

barne y Puiggener y el maestro director Sr. Baratta. En el Tívoli se ha estrenado también con buen éxito *La Mulata*, zarzuela en tres actos, letra de los Sres. Abati y Paso y música del maestro Sr. Valverde (hijo).

— En la «Associació Wagneriana» se ha dado la cuarta audición de la tercera serie del ciclo de Beethoven, en la que los Sres. Doménech Español y Dini obtuvieron muchos aplausos interpretando con gran acierto las sonatas cuarta en *Do mayor* (op. 102 n.º 1), quinta en *Re mayor* (op. 102 n.º 2), y la tercera en *La mayor* (op. 69).



El teniente Mougin, de la comisión militar francesa, instruyendo á las tropas del sultán de Marruecos en los alrededores de Udjda



El teniente Mougin dirigiendo el fuego de la artillería del sultán en el combate librado en 9 de abril último contra las tropas del pretendiente, cerca de Udjda

La penetración pacífica francesa en Marruecos. (De rotografías de «Photo-Nouvelles.»)

con un redactor del «Berliner Localanzeiger» los propósitos enunciados antes por su soberano y que pueden sintetizarse en las siguientes afirmaciones: Alemania tiene no sólo el derecho sino también el imprescindible deber de velar por sus intereses en Marruecos, intereses ya importantes y susceptibles aún de mayor desarrollo, y para ello defiende con energía el régimen de la puerta abierta, establecido por el tratado de Madrid de 1880, la completa soberanía del sultán y la independencia absoluta del imperio marroquí, que parecen amenazados por el

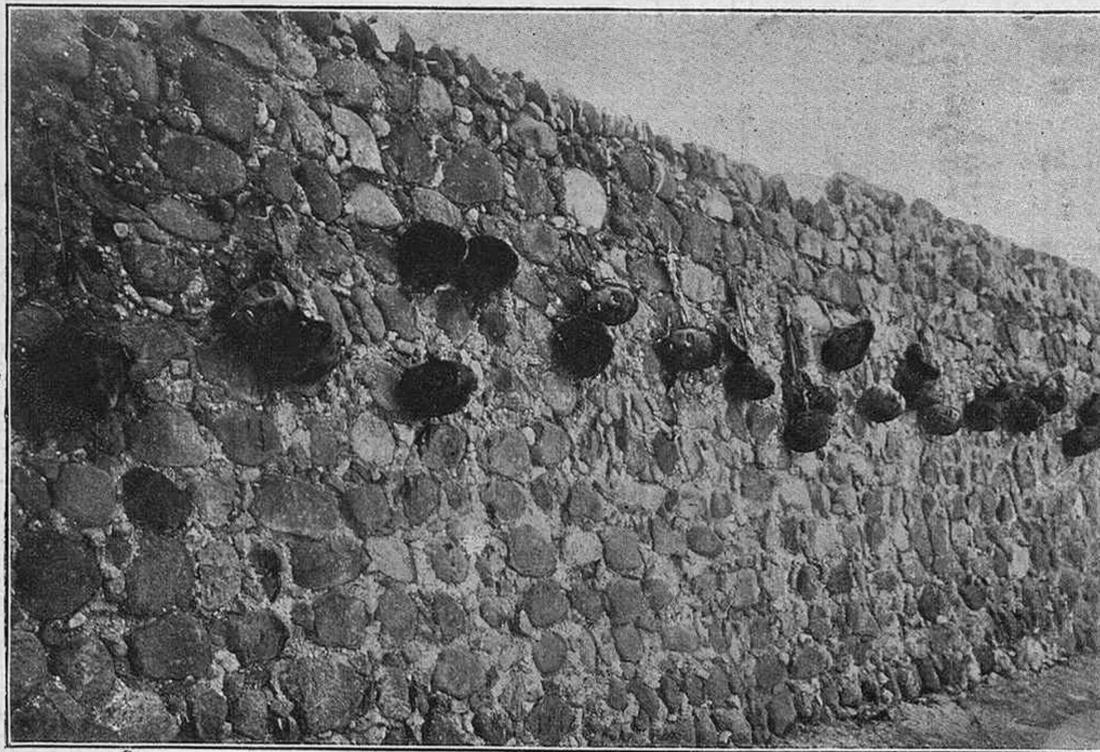
marroquí, atacándola por tres distintos puntos; las tropas leales llegaron á verse en situación muy crítica; pero el teniente francés Mougin, jefe de la citada comisión militar fronteriza, mandó abrir fuego de artillería contra los rebeldes, quienes, después de cuatro horas de combate, huyeron dejando numerosos muertos, heridos y prisioneros. Siguiendo la bárbara costumbre marroquí, los vencedores cortaron las cabezas de los principales rebeldes que cayeron en sus manos y las clavaron en la muralla de Udja para escarmiento de los desleales. — X.

De nuevo enviamos nuestra más sincera enhorabuena á esa institución que ve coronados por el mayor éxito sus esfuerzos en pro de la buena música, y una vez más la felicitamos por el entusiasmo con que realiza la misión de educación y propaganda artística que desde su origen se impuso.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *L'armature*, comedia en cinco actos de Brieux, tomada de una novela de Pablo Hervieu; en el Palais Royal *Chambre à part*, comedia en tres actos de Pedro Veber, y *Le gant*, comedia en un acto de Pablo Bilhaud y Mauricio Hennequin, y en el Athenée *Nellie Moray*, comedia dramática en cuatro actos de Enrique Dumay.

Necrología.—Han fallecido:

Juan Godofredo Wetzstein, célebre orientalista alemán, profesor privado de la Universidad de Berlín y autor de notables obras  
Hermán Corrodi, paisista italiano.  
Hjalmar Stolpe, antropólogo sueco, intendente del Real Museo Etnográfico de Estokolmo, al cual cedió las ricas colecciones del Japón, India, islas del mar del Sur y Perú que recogió en el viaje alrededor del mundo por él realizado á bordo del *Vanadis*.



MARRUECOS. — Cabezas de rebeldes clavadas en las murallas de Udjda después de la batalla del 9 de abril último (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

último tratado franco-inglés. Alemania, apoyada por la opinión pública de su país, por el pueblo español y por todas las potencias imparciales, está dispuesta á llevar adelante su plan sin contemplaciones y sin temor á las consecuencias que pueda determinar su conducta.

A su vez, el sultán en su respuesta definitiva al embajador francés Saint-René Taillandier, ha dicho, según parece, que en lo que toca á las reformas por Francia exigidas nada podía hacer, pues estaba ligado por el tratado de Madrid, y que, por consiguiente, á las potencias signatarias de este tratado correspondía resolver este asunto.

Este tratado fué resultado, como es sabido, de la conferencia internacional inaugurada en Madrid en 15 de mayo de 1880, en la cual tomaron parte, no sólo las potencias mediterráneas sino, además, los otros Estados europeos y los Estados Unidos, y de la que nació el acuerdo firmado en 3 de julio del propio año, que concedió á todas las naciones signatarias el trato de nación más favorecida en Marruecos.

La situación de Francia en aquel imperio, dista mucho, por consiguiente, de ser tan clara y despejada como en un princi-

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**— MADRID. — La condesa de Valencia de Don Juan ha enviado al Museo Arqueológico, en calidad de depósito, la colección de tapices, antigüedades y obras de arte que pertenecieron á su difunto padre. Consta esta colección de 650 objetos, entre los que son dignos de citarse varios frontales de Guadamalí, un maniquí que perteneció á Alberto Durero, capas pluviales, trípticos y dípticos antiguos; retratos de reyes, de nobles y de sabios españoles; tablas, bordados, vidrios, esmaltes, mármoles y porcelanas del Retiro, Sajonia, Sevres, Capodimonte y Alcora. Grandes plácemes merece el hermoso rasgo de desprendimiento de la noble dama.

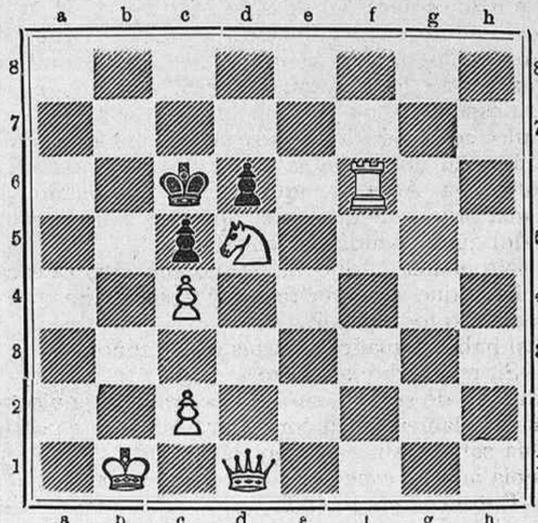
**Espectáculos.**— Barcelona. — Se ha estrenado con gran éxito en el Eldorado la ópera cómica fantástica de gran espectáculo en cuatro actos *Los cuentos de Hoffman*, que ha sido puesta en escena con mucho lujo y propiedad bajo la dirección artística de D. Adrián Gual, y en cuya ejecución se distinguen notablemente las Srtas. Lopeteghi y Palermi y los Sres. Iri-

BOUQUET FARNESE VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 385, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (3 PIEZAS)



BLANCAS (6 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 384, POR Z. MACH.

- |                   |                |
|-------------------|----------------|
| Blancas.          | Negras.        |
| 1. Dc6-h1         | 1. Cualquiera. |
| 2. C, D ó T mate. |                |



La fisonomía de Luciano se ensombreció al oír aquel elogio...

## UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

En cuanto á Gabriela, Luciano volvía á ser para ella el niño á quien llevara en su seno, la carne de su carne, lo único que la hiciera vivir cuando se había visto en situación miserable; y le abrazaba llorando y le decía como en otros tiempos:

—¡Hijo de mi alma!.. ¡Al fin te recobro!.. ¡Eres tú!.. ¿Por qué no has venido á tu madre en cuanto has sufrido? ¿Por qué me has tenido sin noticias tuyas? ¡He estado tan angustiada!.. Pero ya estás aquí y no me dejarás... Siempre me tendrás contigo para comprenderte, para compadecerte y para consolarte... No me hables ahora... Apoya en mí la cabeza, como en otro tiempo cuando tenías una pena...

Le hizo sentarse en un sofá á su lado y se puso á mecerle dulcemente. Luciano se había sentido tan quebrantado por las sacudidas de aquellas últimas horas, dolíale todavía tanto su herida, aun en medio de su esperanza, que por un instante se abandonó á la dulce sensación de sentirse amado por aquella madre á quien nunca había conocido como exclusivamente suya. Además, aquel afecto apasionado, ¿no era una prueba de que no se opondría á un matrimonio del que dependía su felicidad?

—No, mamá..., dijo al fin; no me compadezcas. Es cierto que anteayer fuí muy desgraciado. ¿Te lo ha contado todo papá?..

Así había llamado á Darrás desde niño.

—Sí, respondió la madre.

El tono de su hijo, serio y casi solemne, no se parecía á la lamentación convulsiva que ella esperaba. Había sabido, sin embargo, la verdad... ¿De dónde le venía aquella especie de calma que le daba miedo?

—Entonces, continuó Luciano, sabes que me dejé llevar á decir palabras que no pienso... Necesito que tú estés bien segura de que no las pienso...

—Tu padre no me ha repetido lo que le dijiste y ha querido olvidarlo. ¡Ah! Quiérole mucho, Luciano, porque él te quiere á ti, y al querer que vieses claro sobre esa indigna mujer...

—¡No hables así, mamá!, interrumpió el joven con una energía que acabó de confundir á su madre.

Luciano se había levantado bruscamente al sentir aquel ultraje á la que amaba y dijo después con acento entrecortado:

—Yo tengo la culpa. Debí escribir á papá ó verle á él primero para explicárselo todo... Oye, mamá, sabes cuánto te quiero, cuánto te respeto y cuán incapaz soy de mentir... Pues bien: te doy mi palabra de honor de que papá ha sido engañado y de que la persona de que se trata es una de las más altas y puras conciencias que se pueden encontrar... Pero esto te lo dirá él mismo... El ha lanzado la acusación y él debe retirarla. Cuando haya hablado conmigo la retirará... Está en su despacho, me ha dicho el criado. Voy allá...

Y antes de que su madre pudiese impedirselo, había llamado á la puerta que desde el saloncito daba al despacho de Darrás. Cuando la cortina de la puerta cayó detrás de él, Gabriela tuvo un momento la intención de entrar é interponerse entre los dos hombres que se veían por primera vez después del terrible choque del otro día. ¡Las palabras que acababa de decir Luciano indicaban unas ideas tan distintas de las que Alberto y ella esperaban!

Que Darrás pronunciase una palabra imprudente como la que ella acababa de pronunciar, y Luciano se sublevaría de nuevo de un modo acaso irreparable... Escuchó si al través de la puerta se oía algún grito; pero no oyó ruido alguno, y su buen sentido de mujer le hizo pensar que su presencia podía exasperar el irritable orgullo de su hijo, y sobre todo, apasionar un debate que debía permanecer en el terreno de los hechos.

Luciano no se habría expresado con tal energía si no creyera tener pruebas ciertas en apoyo de su opinión. Las daría y, ¿quién sabe?, acaso tuviera razón, y Alberto, tan escrupulosamente sometido á la verdad, se convenciese... ¿Qué pasaría entonces? El temor de que Luciano pensase casarse con Berta Planat pasó por la mente de la madre, y ante aquella nueva amenaza de la suerte, experimentó la sensación de una fatalidad encarnizada contra ella.

Su matrimonio estaba, pues, maldito, y aunque sus oraciones, multiplicadas en aquellos últimos días, no habían apartado de su cabeza ninguno de los peligros que le amenazaban, cayó de rodillas é imploró á Dios de todo corazón...

De vez en cuando apercibía el oído creyendo que se oían voces en la pieza inmediata... Luego decía: «Me he engañado...», y continuaba su rezo.

Cuando Luciano entró en el despacho de su padrastro, estaba éste sentado á su mesa aparentemente ocupado en un trabajo que interrumpió; pero si el joven hubiera estado sereno, hubiera visto que aquel papel que el ingeniero fingía mirar no tenía traza alguna de escritura y que la nerviosa mano de Darrás oprimía convulsivamente una pluma seca, como para hacer ver que hacía algo.

El padrastro no quería haber espiado á su hijo, y oficialmente ignoraba hasta aquel momento que éste había vuelto á casa y que iba á entrar en aquel cuarto.

Cuanto más fuerte es un carácter, mejor equilibradas están las piezas que lo componen, es decir, más tiene los defectos propios de sus cualidades. La extrema tensión de voluntad en que sus teorías sobre la conciencia hacían vivir á Darrás, le hacía incapaz de esa gracia espontánea que las naturalezas más débiles, pero también más humanas, encuentran á su servicio en las crisis muy difíciles.

El instinto de su corazón hubiera sido en aquel momento abrazar á Luciano, como lo había dicho, y repetirle la frase de su madre: «Si sufres, hijo mio, apóyate en mí;» pero sabía que si él quería como un hijo á Luciano, éste no le consideraba como padre, y el conflicto de hacía dos días le había confirmado en esta creencia. Y esto hacía que, en aquella hora de explicación solemne, su expresiva fisonomía estuviere contraída y cerrada.

Luciano percibió en seguida la diferencia entre esa acogida y la de su madre. Tenía de nuevo delante de él al extraño.

Darrás, sin embargo, le ofreció la mano y le dijo: —¿Eres tú, Luciano? Ya sabía yo que volverías y cerebro en el alma que sea tan pronto. Has visto a tu madre; he querido que estuvieras solo con ella en los primeros momentos; ha estado enferma de inquietud, y tu presencia le habrá hecho tanto bien como a ti la suya. En cuanto a lo que pasó entre nosotros el otro día, no hablaremos de ello, ¿verdad? Está olvidado. Te tenemos otra vez a nuestro lado y esto es lo único que importa...

—Deseo, por el contrario, que hablemos de ello, respondió el hijastro. Con esta intención he vuelto, ya se lo he dicho a mamá. Hubiera debido escribirte o verte antes que a ella, pues la cuestión se planteó entre tú y yo, y tú y yo debemos resolverla. Pero hay un punto que es preciso arreglar ante todo. Quiero decirte que deploro las palabras duras que se me escaparon anteayer en la exaltación del sufrimiento.

—Fueron muy naturales, le interrumpió Darrás. Debí hacerte la penosa advertencia que te hice, pero graduando ciertas revelaciones y preparándote a recibirlas. Mi excusa es que te veía correr un gran peligro y quise arrancarte de él en seguida. Pero repito que nunca he dudado de que volvieras, porque puedo decir que te he hecho moralmente. Te conozco y sé que eres el honor mismo. A los hombres como tú se les puede engañar y extraviar, pero no es posible pervertirlos...

La fisonomía de Luciano se ensombreció al oír aquel elogio que suponía la misma severidad de juicio respecto de su amiga que le había indignado dos días antes. Pero esta vez consiguió dominarse.

—¿Qué quería? Que su padrastro tuviera que hacer justicia a Berta en virtud de sus propios principios. Para esto había que emprender una discusión de ideas, y las últimas palabras de Darrás daban una ocasión que Luciano se apresuró a aprovechar.

—Todo lo que soy a ti te lo debo, dijo. Tú eres quien me has dado todas mis convicciones: la fe absoluta en la conciencia ante todo y en la justicia después, puesto que la una crea a la otra. ¿Qué es la justicia sino el respeto religioso de la conciencia individual, y como condición necesaria a una y a otro, el culto, el fanatismo de la verdad, sea la que quiera? Esta es tu doctrina, la que te he visto practicar siempre. También es la mía y espero practicarla hasta el fin... Cuando me separé de ti anteayer, vi claramente dos puntos: el primero que no podías ni haberme mentido ni haber acusado a la ligera a un inocente, sobre todo siendo una mujer; el segundo que mi deber era advertir inmediatamente a la señorita Planat. Era acusada y tenía derecho a defenderse. Al salir del Banco me fuí derecho a su casa.

—Más hábil hubiera sido una información impersonal y previa, hizo observar Darrás. Pero no soy yo quien acusará a nadie de no ser hábil, porque aun sin conocer a esa joven, pensé yo un momento en hacer lo que tú...

También a Darrás le chocaba demasiado el tono de su hijastro para no presentir un incidente nuevo en una situación a la que no había visto más que dos salidas: que Luciano perseverase en su ilusión, y entonces las pruebas decisivas obtenidas por el ministerio del Interior vencerían su credulidad, ó que el joven reconociese la verdad, y en ese caso el rompimiento era cierto. Por eso oía con estupor cómo su discípulo, su pensamiento prolongado y viviente, seguía diciendo:

—He contado a la señorita Planat lo que me habías dicho y tal como me lo habías dicho... Estabas bien enterado. No he necesitado interrogarla, pues ella misma ha salido al encuentro de mis preguntas y me ha dado los detalles más positivos sobre su triste historia... Hubiera podido negar y yo la hubiera creído, pero ni un momento ha tenido esa idea...

—Le hubiera sido difícil discutir unos informes tan precisos, replicó Darrás. Pero tú le agradeces esa franqueza y tienes razón. Es siempre justo dar crédito a una criatura humana é interpretar sus actos en el sentido más favorable; mas opino que su franqueza ha sido algo tardía. Hubiera debido hablar antes.

—¿Por qué?, preguntó Luciano, que no dejó de percibir la censura que la estudiada moderación de su padrastro entrañaba. En nuestra conversación de anteayer me dijiste que era mi amante y yo te respondí que tu suposición era calumniosa y que no me dignaba siquiera discutirla... Hoy estoy sereno. Pues bien: te afirmo por mi honor que anteayer fué el primer día que tuve con esa señorita una conversación diferente de la que un estudiante puede tener con otro. Durante diez meses nos hemos visto continuamente y nunca le he dicho que la amaba ni me he permitido la más ligera alusión a tal asunto. Me había advertido que a la primer palabra que se saliera de una franca amistad, no me volvería a ver, y hemos

cumplido ese convenio. Por consecuencia, no tenía para qué hacerme como camarada una confesión de mujer. Sus relaciones conmigo han sido de una lealtad absoluta; y si crees que un carácter debe ser juzgado favorablemente hasta tener prueba en contrario, crees a *fortiori* que hay que tener en cuenta a una persona las cualidades que realmente ha mostrado. ¿Es equitativo? ¿Sí ó no? Respóndeme...

—Es evidente, dijo Darrás, a quien repugnaban las sutilezas y no comprendía bien adónde iba su hijastro.

Pero le parecía que no iba recto, que tomaba por la tangente, y con verdadera irritación le preguntó: —¿Adónde vas a parar?..

—A esto, respondió Luciano; a que estuve en mi derecho sublevándome cuando me dijiste que esa señorita había cometido acciones opuestas a todo lo que yo sabía de su carácter. Y, en efecto, no las ha cometido... Déjame explicarme, insistió casi violentamente al ver que Darrás hacía un ademán de protesta. Has dicho una gran cosa hace un momento al afirmar que se debe dar crédito a una criatura humana. ¿Pero qué pocas personas lo hacen!.. Cuando una mujer se entrega a un hombre, se la condena ó se la desprecia sin examen... ¿Admites, sin embargo, que hay una diferencia en el acto según los móviles que han impulsado a esa mujer?.. Sí, ¿verdad?.. Una muchacha ha sido educada por revolucionarios que le han hecho ver en las convenciones del mundo actual el principio de todas las miserias y de todos los crímenes, y la han persuadido de que una de las peores es el matrimonio. Esa muchacha encuentra un malvado que le representa la comedia de convicciones iguales a las suyas, se hace amar por ella y le ofrece unir sus destinos para fundar una familia tal como ella la comprende. Ese miserable falta a su promesa y la abandona después. Es un libertino, un seductor. ¿Dirás que esa mujer ha tenido un amante? No. Se ha casado fuera de la ley. Acabo de contactarte la historia de Berta Planat... No me respondas que sólo la sé por ella. Hay acentos que no engañan y no me ha mentado. No creas que estoy loco, papá, porque no lo estoy. Soy un hombre que viene a invitarte a que reconozcas una injusticia que has cometido sin saberlo y a que la repares...

—Si el reconocerla es repararla, estoy dispuesto, respondió Darrás. Has hablado con esa señorita, la has oído, y me afirmas que ha sido víctima de una idea falsa, que su extravío no ha tenido ningún carácter bajo. No me opongo a creerte. Pero en lo que no estoy conforme es en que asimiles una unión como esa a un matrimonio.

—¿Y qué diferencia hay?

—La diferencia está en la obediencia ó en la desobediencia a la ley, dijo el padrastro.

Acababa de ver con espanto el proyecto, para él insensato, de Luciano, y esa repentina intuición le había detenido de pronto en las concesiones hechas al joven para evitar una disputa.

Todas sus prevenciones contra Berta Planat se aumentaron de repente. Aquella mujer era mucho más temible de lo que había pensado. No había querido discutir su persona, viendo que encontraría en seguida delante de él al enamorado enloquecido del otro día, pero se preparaba en cambio a mostrar una intransigencia absoluta sobre un principio al que, por otra parte, estaba adherido por sus más íntimas fibras.

Pertenecía a una generación que vive en la constante paradoja de querer conciliar todas las virtudes del mundo tradicional con el sistema de ideas más contrario a estas virtudes. Esta generación ha querido en política el orden y la grandeza nacional, y en moral ha soñado y sueña con el estoicismo y con la integridad y profesa teorías cuya consecuencia inmediata es la anarquía. De este modo Darrás se había casado con una mujer divorciada y era un defensor entusiasta de la familia, y había enseñado a su hijastro la religión del sentido propio, teniendo en el más alto grado el aprecio de la respetabilidad burguesa que es hereditaria en todos los franceses de su clase.

Darrás iba a experimentar esa cólera de los hombres de la primera etapa contra los de la segunda, que es tan frecuente en las tragedias secretas de la vida privada como en los dramas ruidosos de la vida pública. Había empleado, hablando con su hijastro, la hermosa palabra *ley* con el mismo énfasis que si él y su partido no hubiesen privado a esta palabra de todo sentido. Su discípulo en revolución debía hacérselo ver.

—No hay más ley respetable que la que reconocemos como justa, respondió. ¿En qué viene a parar, si no, la conciencia individual?..

—Se somete al interés común, dijo Darrás.

—¿Y si la conciencia ve ese interés en una ley

contraria a la existente? Este ha sido el caso de Berta, é insisto en creer que su modo de pensar y su conducta son tan respetables como el más respetable matrimonio.

—Y yo voy a probarte lo contrario con una sola palabra, respondió Darrás fijando los ojos en los del joven para saber de una vez si había adivinado. La prueba es que todavía no te has atrevido a decirme: «Quiero casarme con ella.»

—Es verdad, dijo Luciano, quiero casarme con ella. He venido a pedir a mi madre su autorización, y como no me la dará mientras crea de Berta lo que cree, te ruego, en nombre de los principios que profesas, que deshagas en su mente la obra de calumnia de que has sido el obrero inconsciente... ¿Ves cómo sí me he atrevido? No hay mérito en atreverse cuando se defiende la verdad y la justicia.

—Vamos a ver, Luciano, no eres tú el que hablas... No, no es posible... ¡Tú, casarte con esa mujer! ¡Tú!.. ¡Tú!.. ¿Hasta ese punto te ha hecho perder al sentido de lo que eres, de lo que somos?.. ¡Casarte! ¿Para qué, después de todo, puesto que acabas de decirme que no eres partidario del matrimonio?

—No he dicho eso, replicó el joven, cuya voz se iba poniendo más seca y más áspera a medida que la de Darrás era más imperativa é irritada. He dicho que las formalidades del matrimonio civil no añaden nada a la unión libre. Y como tampoco le quitan nada, la cuestión está en saber si se juzga ó no oportuno someterse a esas formalidades. Hoy, tratándose de Berta Planat, lo juzgo yo oportuno, precisamente porque hay muchas personas que piensan como tú y quiero tener el derecho legal de defenderla...

—¿Y no piensas que tu madre posee el derecho moral de no tener esa nuera, y tu hermana el de no tener esa cuñada?.. ¿Y el niño? ¿Nos le vas a traer?..

—Mi madre me tenía a mí cuando te casaste con ella, y no vacilaste en ofrecerte para ayudarla a reconstituir su vida... No os pido sino que me permitáis hacer lo que habéis hecho vosotros.

—¿Lo que hemos hecho nosotros?.. ¿Tu madre?.. ¿Tu madre?.. ¿Comparas a tu madre con?..

Y Darrás se dirigió a su hijastro con los puños levantados, mientras éste, cruzado de brazos y sin retroceder, repetía:

—Sí, las comparo, y eso prueba el respeto que me inspira la señorita Berta Planat, mi prometida...

—No quiero pegarte, dijo el padrastro pasándose la mano por la frente como para ahuyentar la funesta tentación de la violencia. No quiero, a causa de esa madre, a la que acabas de insultar tan vergonzosamente. Pero es mi esposa, y vamos a ver si repites esa infamia delante de ella...

Y sin que Luciano pudiera evitarlo, le cogió por un brazo y le arrastró al saloncillo, donde uno y otro, a pesar de lo alterados que estaban por las palabras que acababan de pronunciar, se quedaron inmóviles y sorprendidos ante aquella mujer que oraba de rodillas y con la cara oculta entre las manos.

Darrás, a pesar de su cólera, palideció al verla. Hacía tiempo que ciertas frases y ciertas melancolías de Gabriela le hacían temer un cambio del que ahora veía una prueba evidente.

Al ruido de pasos, Gabriela se levantó y se quedó en pie y en actitud de súplica ante su marido, que tenía cogido a su hijo por un brazo.

—¡Alberto!.. ¡Luciano!.. ¡Si me quieres, déjale!.. Y tú, Luciano, ¿qué has dicho otra vez?.. ¿Qué os habéis dicho?.. ¡Oh! ¡Qué daño me hacéis!..

Y Gabriela se puso las manos en el pecho como para comprimir los latidos de su corazón. Después añadió con acento desgarrador que conmovió a los dos:

—¡Pero habladme, habladme!..

—Que te hable él, dijo Darrás señalando a su hijastro. Que te repita lo que acaba de decir... Ahora le da vergüenza... ¿Sabes lo que viene a pedirnos? Casarse con esa muchacha...

—¡Casarse con esa muchacha!, repitió la madre.

—Sí, insistió Darrás, casarse... ¿Y sabes con qué ha comparado ese deshonesto matrimonio?.. Me quema los labios el repetirlo, pero su castigo será que sepas tú cómo ha sentido y hablado... ¡Con el nuestro, ¿entiendes?, con el nuestro!.. Esa aventurera a quien ha recogido en las aceras del barrio latino...

—¡Cállate!.. Este grito del joven, que se lanzó a su vez hacia su padrastro, se mezcló con otro grito de la madre. Gabriela se había interpuesto entre ellos; pero Luciano seguía diciendo, dirigiéndose a ella:

—¡Dile que se calle ó yo sabré hacerle callar!.. ¡Le prohibo que calumnie a esa mujer!.. ¡Se lo prohibo!..

—¡Me lo prohibes!.. Ahora me insultas a mí, después de haber insultado a tu madre...

—Ni te insulto a ti ni la he insultado a ella... He

venido por deferencia hacia los dos, cuando podía no venir, pues el que tiene derecho legalmente a ese matrimonio es mi verdadero padre. Quiero casarme con una mujer a quien amo y a quien respeto absoluta y completamente. He esperado encontrar en ti un apoyo porque te creía consecuente con tus ideas. No lo eres, y me dirigiré sólo a mi madre para tener su consentimiento.

—Mientras yo viva, no lo tendrás, repuso el padrastro... ¿Lo has oído tú también? ¡Jamás, jamás!.. Si te casas con esa criatura, tu madre habrá muerto para ti...

—Necesito que me lo diga ella misma, respondió Luciano. Era mi madre antes de ser tu esposa. Veremos si es tu esposa más que mi madre...

—¡Desgraciado!.., exclamó Darrás fuera de sí, ¿quieres matarla?..

Y le mostró a Gabriela, que se había dejado caer en una silla con los ojos fijos, la boca abierta y los brazos colgando, como si el golpe que acababa de asestarle su hijo hubiera sido de esos cuyo sufrimiento moral entra en el dominio de la locura.

También Luciano, al verla, lanzó un grito de consternación. Pero su padrastro le dijo con la voz de un hombre furioso que dentro de un minuto no será dueño de sí:

—¡Vete!.. ¡Vete, por piedad por ella!.. ¡Vete!..

Y el joven salió de la habitación. Nunca su orgullo de hijo tuvo que doblegarse a mayor sacrificio. Acababa de comprender que si se prolongaba aquella disputa, su madre se moriría de dolor, allí, a su vista.

Dos minutos después, el ruido de la puerta cochera al cerrarse anunció que el hijo de la divorciada salía de la casa materna, ¿para volver cuándo y cómo?..

Aquel golpe pareció que devolvía la conciencia de la realidad a Gabriela, a la que su marido, con besos y súplicas, trataba en vano de arrancar una palabra. Aquella señal de la salida de su hijo la despertó de repente de su horrible sopor.

—¿Se ha marchado?.., gimió. ¡Ah! Amigo mío, corre a buscarle, tráele...

—No puedo, respondió Darrás. Y aunque pudiera, no le traería. Ya lo has visto; en este momento está loco...

—No, dijo Gabriela con un acento que hizo estremecerse a su marido, no está loco. Él es quien tiene razón.

—¿Qué quieres decir?..

—Lo que te digo; que tiene razón. Yo no soy más que esa muchacha... Ni tú ni yo tenemos derecho a condenarlos... Te amo, Alberto mío, dijo mirándole con unos ojos en los que se veía al fin toda la agonia de sus escrúpulos; y a causa de ese amor, te estoy ocultando hace meses lo que me devora... Ahora es preciso que te lo diga para que perdones a Luciano, que no es más que el instrumento de la justicia divina... Tú nunca has creído, amigo mío. Tú no sabes lo que es haber tenido a Dios consigo y no tenerle ya. Cuando nos casamos, había sido tan desgraciada y tú me amabas tanto, que creí tener derecho a reconstituir mi vida contigo. Hoy sé que no lo tenía. No, continuó exaltándose, no lo tenía, porque era la mujer de otro ante Dios...

—¿Ante qué Dios?.., respondió Darrás.

No se trataba ya de los extravíos de su hijastro. La repentina exclamación de su mujer había hecho que su cólera se trocase en un estupor de espanto ante la úlcera que se descubría en lo más secreto de su matrimonio.

—Tú no crees eso, Gabriela, dijo. No puedes creer que no has obrado bien aceptando el comenzar conmigo una vida nueva, tan honrada y lealmente y conforme a una ley de prudencia y de progreso. Sería renegar de nuestro pasado y no puedes hacerlo...

—No reniego de nada, dijo Gabriela. Tengo remordimientos... ¿Ante qué Dios? Ante el de mis padres y de los tuyos; ante el Dios a quien aprendí a rezar cuando era niña; ante el Dios a quien reza mi hija; ante el Dios del Evangelio y de la Iglesia. Había perdido la fe y la he recobrado... Lo que está pasando hace tres días me prueba que tengo razón: nuestro hogar está maldito. Viene el castigo porque

estamos en rebelión contra él, porque le ultrajamos todos los días, porque...

Vaciló un segundo pensando en la frase del padre Euvrard: *confesar con la boca lo que se cree para obtener la salvación*; y luego exclamó:

—¡Ah! Lo diré todo; conocerás mi corazón, que te quiere tanto, pero el grito de la conciencia puede más: porque no estamos casados...



... a la que su marido, con besos y súplicas, trataba en vano de arrancar una palabra

VII

SILENCIOS

Hay en el Evangelio una frase misteriosa sobre la venida del Salvador: «Será colocado como un signo de contradicción.» La historia de los pueblos no es, desde hace mil ochocientos años, más que un largo cumplimiento de esa profecía, que se realiza de un modo más sorprendente, acaso, en circunstancias humildes y a propósito de simples destinos individuales cada vez que se plantea el problema religioso en sus términos profundos, como acababa de plantearlo Gabriela Darrás.

Este problema permanece tan vivo, tan actual, tan interesante, que los más incrédulos no se ponen jamás enfrente de él con la indiferencia absoluta que la negación total implicaría. Este problema va a hacer vibrar en nuestro ser moral unas cuerdas secretas que a veces ignoramos nosotros mismos, las de nuestras más lejanas e íntimas herencias biológicas. A este llamamiento se despiertan en nosotros mil atavismos latentes é inconscientes, y esa austera voz de «los muertos que hablan,» como ha dicho un gran escritor.

Se hubiera ciertamente asombrado Darrás si le hubiesen predicho que, un día, su dulce y tímida Gabriela, tan sumisa de inteligencia y de corazón, por abnegación y por debilidad, se levantaría contra él, sublevada y sostenida por una fuerza invencible. Y menos aún hubiera creído que él mismo experimentaría contra aquella frágil criatura a la que tanto había amado cuando era soltera, compadecido tanto cuando era la esposa de otro y protegido tanto y tan cariñosamente después de su matrimonio, un movimiento de orgullo herido y de furioso despotismo.

Desde las primeras palabras de su conversación, la confesión de aquella devoción renaciente le había trastornado. Algunas veces la había temido, sin admitirla jamás, y al saber que aquella mujer, su mujer, había podido ocultarle tanto tiempo tal secreto,

se sintió dominado de una cólera que se trocó en indignación cuando Gabriela dijo su terrible frase: «No estamos casados...»

Aquel ultraje, inferido por tal boca, a sus doce años de feliz intimidad, al honor de su matrimonio, a la nobleza de su hogar, le hirió en el corazón y todo su ser se estremeció nerviosamente como si hubiera recibido una bofetada.

Las palabras le faltaron y se quedó un momento en pie delante de Gabriela, aterrorizada ya por lo que se había atrevido a decir. Hasta entonces, aquella horrible idea de su primer matrimonio, el que había bendecido la Iglesia, subsistía siempre, y de que el segundo, el matrimonio sin sacramento, no era un matrimonio, no había tomado, ni siquiera en su mente, aquella forma aguda; y al articularla, Gabriela había precisado y como concretado un sentimiento vago cuya obsesión no podría ya sacudir.

Aquel fué el momento de emoción más intensa que los dos esposos habían experimentado, el uno respecto del otro, desde que Darrás pidió a la señora de Chambault que rehiciera su vida unida a él.

—¿No estamos casados?.., repitió por fin Darrás.

Y añadió imperiosa y brutalmente: —¿Qué sacerdote te ha metido en la cabeza esa criminal locura?..

—Ninguno, respondió Gabriela resueltamente.

—¿Quién es ese sacerdote?, insistió Darrás con violencia de sectario. He querido cumplir la palabra que te di cuando nos casamos, y esta es mi recompensa. Has ido a la iglesia con tu hija, has hablado con curas y éstos han visto en ti una presa que conquistar. No pueden soportar el honor de un matrimonio que no es su obra, ni el acuerdo de un hombre y una mujer que han prescindido de ellos. ¿Qué importa a su fanatismo que ese hombre y esa mujer sean desgraciados? ¿Qué importa que se disuelva ese hogar pacífico respetado y dichoso?.. ¡Ah! ¡Cómo los odio!..

—No acuses a nadie, Alberto; no tienes derecho. ¿Por qué quieres que te jure que ningún sacerdote ha influido sobre mí?.. ¿Por nuestra hija?..

Te lo juro sobre su cabeza... He recobrado la fe yo sola... ¿Cómo y cuándo? No lo sé... He visto a Juana rezar, la he visto creer y a través de mi hija me ha vuelto toda la piedad de la infancia. Y ahora, creo. Creo en Dios, en el Evangelio, en la Iglesia, en los sacramentos. No puedo arrancarme de la mente esas creencias, como no puedo arrancarme esa luz de los ojos. ¡Un sacerdote!.. Sólo he visto a dos en un año, y han sido tan duros, tan intransigentes, aun el mejor... Uno de ellos era, sin embargo, un gran sabio al que tú admiras: el padre Euvrard...

—¿Y el padre Euvrard se ha prestado a recibir las visitas clandestinas de una mujer a espaldas de su marido?.. ¡Y yo que no estaba lejos de compadecerle porque le aplicaban las nuevas leyes!.. ¡Qué justas son esas leyes y qué prudentes!.. ¡El padre Euvrard! ¡Qué infamia!..

—Te repito que no le he visto más que una vez y media hora. De tal modo vió él también la irregularidad de mi acto, que me pidió que no volviese sin haberle hablado de mi visita.

—Le has dicho que ibas sin saberlo yo, luego has tenido que explicarle por qué. ¿Le has entregado los secretos de nuestro matrimonio?..

—No pienses eso, amigo mío. No he pronunciado tu nombre; antes hubiera muerto.

—¿Qué me importa que conozca mi nombre?.. Lo que me importa es que hayas podido hablar a otro hombre de cosas que a mí me callabas; que hayas hecho una visita que yo no he sospechado siquiera. ¿Cuándo la has hecho?.. Responde...

—Anteayer.

—De modo que mientras yo me ocupaba de tu hijo, con tanta abnegación hacia ti, y casi me acusaba por tener que callarte mis temores respecto de él a fin de no inquietarte, tú me hacías traición... ¿No oías entonces ese grito de la conciencia de que acabas de hablarme? ¿No tenías remordimientos por esa mentira?..

(Continuará.)

LOS PUENTES COLOSALES DE UTAH  
RECIENTE DESCUBRIMIENTO DE MARAVILLAS  
DE LA NATURALEZA

En el invierno de 1901 y en la primavera de 1902, Mr. Horacio J. Long estuvo empleado, al frente de una cuadrilla de mineros, en buscar y señalar minas en la región deshabitada que se extiende a lo largo del cañón (1) del río Colorado, en la parte Sudeste de Utah. En una de sus solitarias excursiones, tropezó Mr. Long con un ganadero llamado Scorup, que pocos años antes había pastado su ganado en el país estéril y quebrado comprendido en el ángulo que forman los ríos San Juan y Colorado.

En el curso de la conversación Scorup habló de ciertos arcos muy maravillosos que había visto cerca de la cabecera del cañón Blanco, en el condado de San Juan. Mr. Long había oído con frecuencia aplicar el nombre de «arcos» en aquella región, a las paredes de los cañones que, a causa de haber sido minadas por la erosión las rocas y haber caído éstas en grandes masas, se proyectan sobre el fondo del cañón, formando huecos abrigados donde con frecuencia se encuentran ruinas de las viviendas de los moradores de cavernas. Supuso, por lo tanto, naturalmente, que a esa especie de arcos se refería Scorup, y no dió importancia a su dicho. Pero como éste insistiese en ello y los describiese más minuciosamente, vino poco a poco a pensar que aquellos arcos podrían ser puentes naturales que pasasen por encima de un cañón ancho y profundo.

Por lo que Scorup decía, parecía probable que nunca hubieran sido vistos por ningún blanco, exceptuando quizás media docena de ganaderos y vaqueros y tal vez por algún que otro fugitivo de la justicia. Todo lo que Scorup sabía era que el primero que los descubrió fué Emery Knowles, en 1895; él mismo los vió a fines de dicho año en compañía de dos vaqueros.

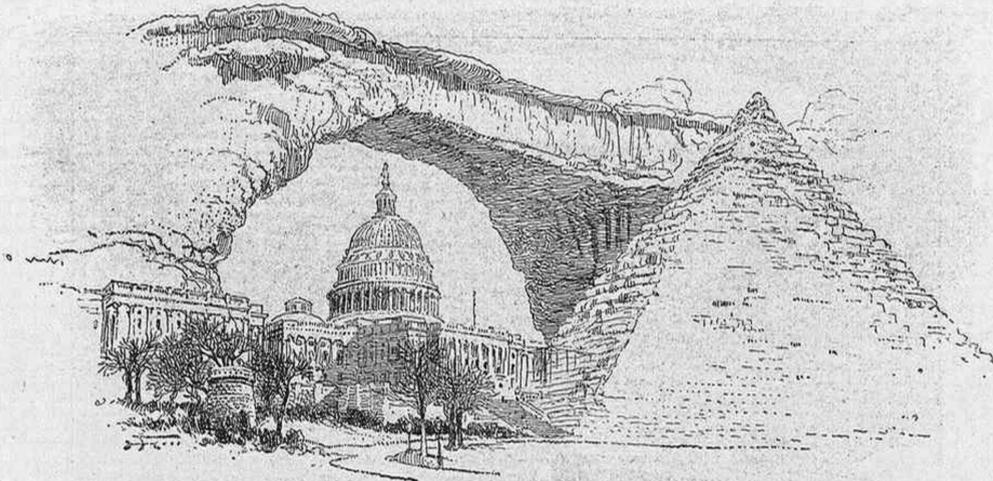
La falta de agua hace que la región vecina a la cabecera del cañón Blanco sea inaccesible por los medios ordinarios, exceptuando a principios de primavera, cuando se derrite la escasa nieve caída en el invierno.

Scorup deseaba mucho volver a visitar aquella notable comarca y con especialidad sacar fotografías de los arcos. Creía ser él la única persona que entonces hubiese en Utah que supiese con exactitud el punto en que se hallan; y ofreció llevar allí a Mr. Long con la condición de que uno de aquellos puentes se había de llamar Puente de Carolina, que era el nombre de su madre.

El día 13 de marzo de 1903, Scorup y Long salieron de Dandy Crossing, en el río Colorado, llevando dos caballos de silla y dos de carga, con todos los avíos necesarios y provisiones para una semana, y se dirigieron al Este, siguiendo un sendero apenas visible por estériles desiertos de piedras y arena.

Acamparon la primera noche a unas tres millas más allá de Copper Point, en Fifteen Mile Crossing, que es un arroyuelo que desemboca en el cañón Blanco y que, como todos los de poca caudal de aguas de aquella región, está seco por completo la mayor parte del año. Llevaron los caballos a be-

ber al citado cañón, cenaron y durmieron, envueltos en mantas, sobre la dura roca. A la mañana siguiente, en un lugar llamado Soldier's Crossing, hallaron las sepulturas de dos soldados muertos en una ignorada escaramuza con los indios. Una mal tallada inscripción en una lápida de piedra arenisca recordaba sus nombres y la fecha en que fueron enterrados: el 30 de marzo de 1885.



EL PUENTE NATURAL DE AUGUSTA, COMPARADO CON EL CAPITOLIO DE WASHINGTON Y CON LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

En la mañana del 15 montaron ambos a caballo muy temprano. Scorup parecía algo nervioso, como quien teme que su imaginación haya abultado los objetos y que iban los dos a recibir un desengaño. El ancho del cañón oscilaba entre 100 y 170 metros y tenía muchas curvas y cambios bruscos de dirección. Las paredes se alzaban a una altura de unos 130 metros y en muchos sitios se proyectaban por encima de su base. El piso era áspero y desigual, y en aquella estación, una corriente de agua asaz considerable descendía por un angosto lecho, mucho más profundo que el nivel ordinario.

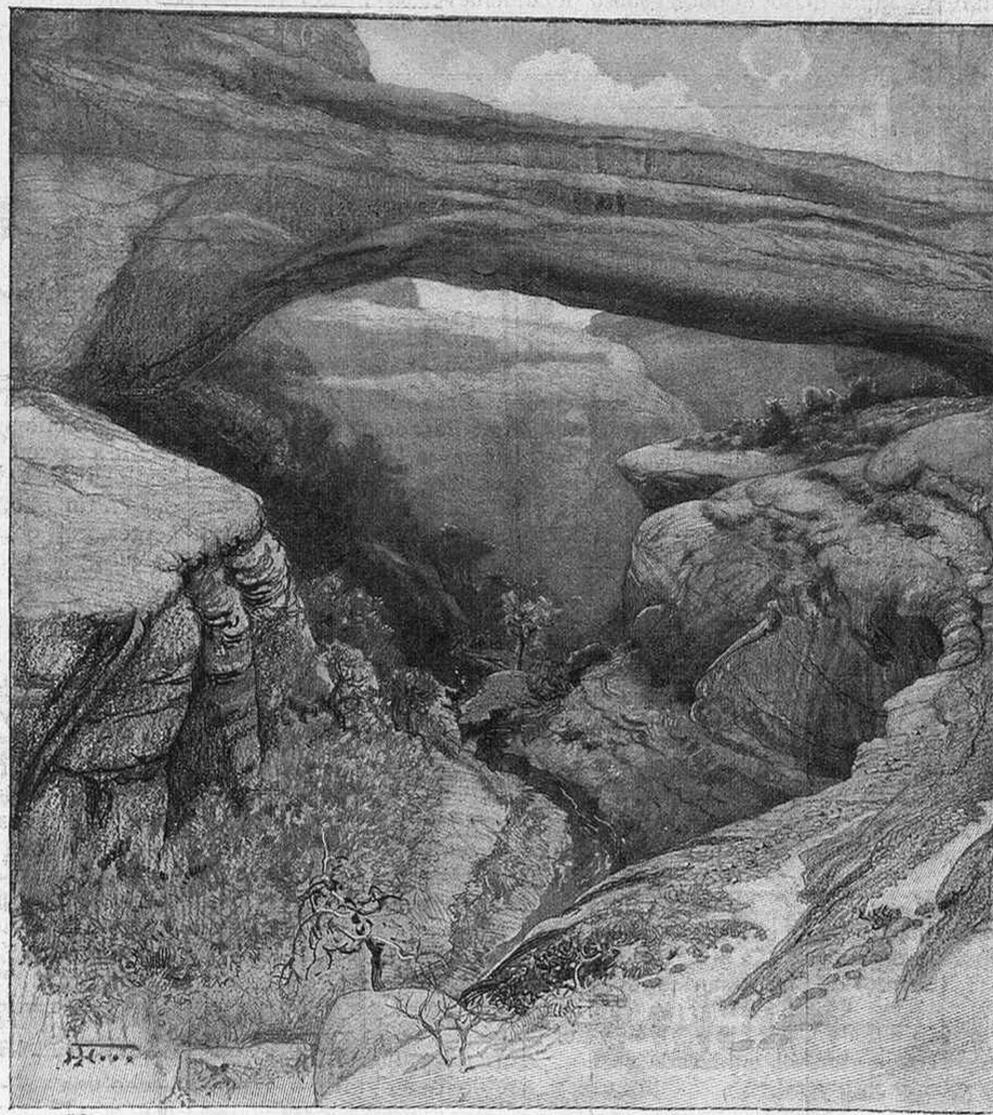
travagantes tenían que haber sido sus imaginaciones si hubieran sufrido un desengaño a la vista del colosal puente natural que ante sí tenían.

Y eso que desde el punto de vista escénico este puente es el que menos satisface de los tres que visitaron. Sus paredes y estribos son de una piedra arenisca de color rosado, manchada aquí y allí por masas de musgo y líquenes verdes y color de naranja. Pero los contornos son muy irregulares, las paredes del cañón, que se adelantan, interrumpen la vista, y la tremenda mole de piedra que está encima del arco achica sus proporciones. Los viajeros no llevaban ningún instrumento científico para medirlo con exactitud; pero por una serie de aproximadas triangulaciones, Long obtuvo un computo que debe ser exacto con poca diferencia. El puente, que llamaron de Carolina, según lo convenido con Scorup, mide 70 metros de estribo a estribo, medidos en el fondo del cañón. Desde la superficie del agua del arroyo al centro del arco, hay una altura perpendicular de 65 metros, y sobre el puente, el punto más alto del sólido bloque de piedra arenisca se levanta 42 metros sobre el nivel más bajo del piso; de modo que un viajero que pasase por esa titánica construcción, se encontraría a 107 metros sobre el lecho del arroyo. El piso del puente tiene 42 metros de ancho, de suerte que un ejército podría cruzarlo en columna de compañías y dejar todavía espacio a sus flancos para que pasaran sin interrupción, uno tras otro, los cañones de la artillería y los carros de la impedimenta.

Desgraciadamente, debido a las vueltas que en aquel paraje da el cañón, y por lo tanto, a la falta de perspectiva, fué imposible sacar fotografías que dieran una idea de la magnitud de sus proporciones.

Contribuirá, sin embargo, a hacerse mejor cargo de ellas, el decir que el árbol que aparece en el grabado debajo del arco, pero que en realidad está bastante más acá, tiene tres metros de circunferencia y una altura proporcionada, y que aquellos objetos semejantes a hormigas que se ven a la izquierda del árbol y más próximos que éste, son los caballos que montaban los exploradores.

Volviendo a montar Long y Scorup, pasaron bajo la imponente mole del puente Carolina y siguieron cañón arriba. A una distancia de unos cinco kilómetros se hallaron en presencia del que es, sin duda alguna, el más admirable puente natural del mundo; tan elevado y magnífico, tan simétrico y hermoso en sus proporciones, que parece que la naturaleza se haya ensayado construyendo el de Carolina para poder llevar a cabo esta forma arquitectónica más bella y noble todavía. Aquí, por encima de un cañón que mide 112 metros de pared a pared, ha arrojado un soberbio arco de sólida piedra arenisca de 20 metros de espesor en su parte central y de 13 de ancho, dejando bajo él una abertura de 120 metros de altura perpendicular. Las paredes laterales del arco se levantan perpendicularmente casi hasta la parte superior del puente, donde se proyectan de pronto hacia afuera, semejando una inmensa cornisa, separándose del cuerpo principal, por ambos



PUENTE DE CAROLINA

Apurando los caballos todo lo posible, subían cañón arriba, y haciéndose camino por entre las masas de rocas desprendidas de las vecinas paredes, siguieron como un kilómetro y medio más, y al dar vuelta a un recodo del cañón, vieron por primera vez uno de los arcos de que había hablado Scorup. Muy ex-

trados, de cinco a siete metros, extendiéndose con toda regularidad y simetría por todo lo largo del puente. Un contrafuerte grande y redondeado, al extremo de la pared del cañón, parece interceptar en parte por aquel lado el acceso al puente. De sus majestuosas proporciones se puede, hasta cierto punto,

(1) Desfiladero largo y estrecho entre dos montañas de vertientes casi perpendiculares.

formar idea por medio de unas cuantas comparaciones. Su altura es dos veces mayor y su ojo más de tres que los del famoso puente natural de Virginia. Sus estribos están 39 metros más separados el uno del otro que los del célebre arco de cantería que hay en el distrito de Columbia conocido por puente de Cabin John, á pocas millas de la ciudad de Washington y que tiene más luz que ningún otro puente de piedra de América. El de que tratamos pasaría por encima del Capitolio de Washington, superando en 17 metros el punto más elevado de su cúpula; y si el árbol más alto de Calaveras Grove, bosque de gigantescas secuoyas de California, estuviese en el fondo del cañón, á su rama superior le faltarían 11 metros para tocar la parte inferior del arco.

Imitando el ejemplo de Mr. Scorup, Mr. Long dió á este puente el nombre de «Augusta,» en honor de su esposa, y ha sido una suerte que esta señora tuviera un nombre tan al caso.

El puente es de piedra arenisca blanca ó blanquecina, y como sucede en el de Carolina, filamentos de líquenes, matizados de verde ó anaranjado, corren de aquí para allí, sobre los macizos estribos, á lo largo de los abrigados huecos, bajo la elevada cornisa, dando calor y color á aquel admirable cuadro.

Los dos exploradores no pudieron escalar las paredes del cañón en la inmediata vecindad de ninguno de esos dos puentes, y tenían demasiado limitado el tiempo para poder buscar un barranco ó cortadura que los llevase á sus cumbres. Después de un día de mucho trabajo tomando medidas y sacando fotografías, tuvieron, muy á su pesar, que retroceder sin haber tenido el placer de cruzar el cañón por aquellos elevados viaductos.

Pasaron la noche en las ruinas de las habitaciones de los moradores de cavernas, y á la siguiente mañana volvieron á montar para descender por el cañón en busca del tercer puente que Scorup recordaba ha-

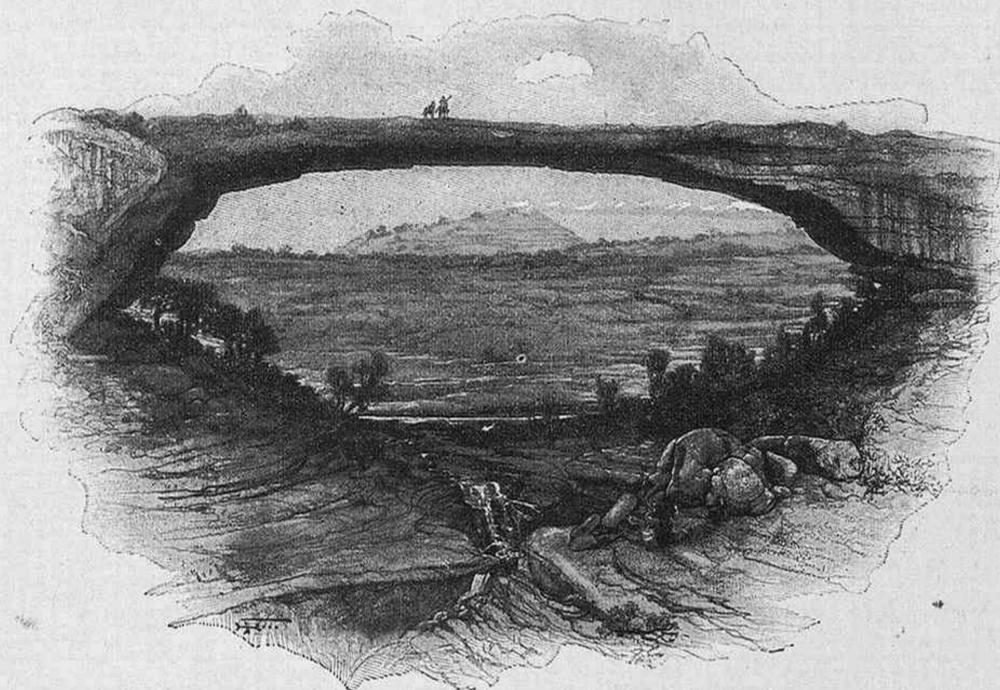
un valle inclinado, hizo que las fotografías tomadas den una idea apropiada de su altura.

Respecto á los otros dos, la configuración del terreno no permitió que se sacaran de ellos buenas vistas; así es que, á juzgar por éstas, se creería que el último era el más elevado de los tres, siendo así que su altura es poco más de un tercio de la del maravilloso arco de Augusta. Con relativa facilidad pudieron llegar hasta él y lo pasaron á caballo, por lo que con razón pudo decir Mr. Long en sus anotaciones del viaje: «Soy el primer hombre blanco que ha pasado á caballo este puente.»

A su regreso visitaron otro pueblo de moradores de cavernas situado en un reborde de las rocas, á 100 metros de altura, sobre el fondo del cañón. Buscando entre las ruinas, que eran extensas y en algunos parajes estaban muy bien conservadas, Long tropezó con el canto de una vasija que sobresalía apenas de la arena. Apartando los escombros con las manos, descubrió un precioso jarro de arcilla, hermosamente modelado, de unos 18 litros de capacidad y en perfecto estado de conservación. Lleváronse este magnífico

ejemplar de cerámica antigua al campamento, donde pasaron la noche. Con cuerdas y correas acondicionaron el jarro para poderlo transportar, y á la mañana siguiente continuaron su viaje de vuelta, llevando Long á la espalda aquella preciosa reliquia á modo de inmensa, pero muy incómoda, mochila. Durmieron aquella noche en Fry Cabin, y al día siguiente se separaron, y durante el día siguió á caballo Long solo, hasta Dandy Crossing, una distancia de más de cuarenta millas, sin dejar ni un momento su pesada, pero interesante carga.—W. W. DYARR.

(Dibujos de Harry Fenn, tomados de fotografías.)



EL PUENTE PEQUEÑO

ber visto. Lo encontraron después de andados unos 10 kilómetros. Long, en sus apuntaciones de esta excursión, le llama el «Puente pequeño,» y bien podemos conservarle esa denominación. Sus dimensiones, sin embargo, son pequeñas únicamente en comparación con las gigantescas de los de Carolina y Augusta, porque tiene una abertura de 70 metros y la parte inferior del arco está á 47 metros de altura sobre el fondo del cañón. La corona del arco tiene seis metros de grueso y su superficie ó vía 11 metros de ancho: el poco grueso de aquella vía aérea y la circunstancia de que el cañón, en aquel sitio, se dilata en

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**ROB**  
**BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
Célebre Depurativo Vegetal  
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO  
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,  
Sucesor de  
BOYVEAU-LAFFECTEUR.  
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

**ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD** Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
**SALUD DE LAS SEÑORAS**

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**VINO NOURRY**  
ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES  
del PECHO  
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de  
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.  
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*; el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



«Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo, tan maltrecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara»  
 (Don Quijote de la Mancha, parte primera, cap. III). Dibujo de Ricardo Balaca.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
 Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

**EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS**

**FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,**  
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**PECHO IDEAL**  
 Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses, con las **Pildoras Orientales** únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATTÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
 LOS VERDADEROS Y EFICACES  
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
 COLORES PÁLIDOS  
 EMPOBRECIMIENTO  
 de la SANGRE  
 Escrófulas, etc.

**PILULES**  
 de **BLANCARD**

al **IODURO de HIERRO**  
 INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARÍS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

INFLUENZA      RACHITIS  
 ANEMIA      CLOROSIS

**VINO**  
**AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

5 fr.      en París

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.

Pose y conserva el cutis limpio y terso

CANDES & Co.      St-Denis, 18

**AVISO A**  
**LAS SENORAS**

**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET-HONGRE**  
 CURA  
**LOS DOLORS, REÍARDOS,**  
**SUPPRESSIONES DE LOS**  
**MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la efectividad de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN